Núm. 4 # 3

ABELINO
Ó
EL GRAN BANDIDO.

DRAMA TRAGICO
EN CINCO ACTOS:

POR D. I. DE O.

PERSONAS.

Andres Griti, *Dux de Venecia.*
Rosemunda de Corfú, *su sobrina.*
Iduela, *Aya de esta.*
Canari... } Amigos, y Consejeros del
Dandoli. } Dux.
El Marques Grimaldi, *Enviado de la Corte de Florencia.*
Parozi.....
Falieri.... } Nobles venecianos conju-
Memmo.... } rados.
Contarino.
Flodoardo, *jóven protegido por Canari, y querido del Dux, tenido por florentino.*
Abelino, *El mismo sugeto con disfraz de Bandido.*
Mateo, *Gefe de Bandidos.*
Un Senador.
Muchos Senadores, *Nobles*, *Damas venecianas*, *y Bandidos que no hablan*, *y Guardias.*

La Escena pasa en Venecia en el principio del siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un cuarto pequeño que sirve de asilo á los Bandidos.

ESCENA I.

Abelino solo

Mucho me hacen esperar. *Se acerca á una mesita llena de botellas*, *echa vino en un vaso y bebe.* Quién me hubiera dicho hace dos años, que yo vendria á hacer algun dia en Venecia el papel de Bandido? ¡Ó dias de mi infancia! en qué habeis parado! Qué se han hecho aquellas lisonjeras esperanzas, aquellos grandes proyectos que formaba en mi juventud!... Soy un Bandido: menos que, apenas ínfimo habitante de esta inmensa ciudad: menos que el miserable que debe su existencia á la piedad de los que pasan. Cuando mi padre sexagenario me apretaba entre sus brazos: cuando en el entusiasmo paternal esclamaba: hijo mio, tú restituirás algun dia al nombre de Obizo su antiguo esplendor: cuánto se elevaba mi alma! cuánto se engrandecia todo mi ser! -- Pero murió este padre; y su hijo.... un Bandido veneciano. Cuando mis maestros maravillados de mis progresos, esclamaban llenos de admiracion: Conde, vos hareis

inmortal la familia de los Obizos: con qué júbilo me transportaba á lo venidero! -- Oh! Huid, huid imágenes de lo pasado: vuestro aspecto me llena de desesperacion. *Se arroja sobre una silla.*

ESCENA II.

Mateo y otros dos Bandidos que entran, y Abelino.

Abelino continua sin verlos.

¿Pero, por qué abatirme? No: quiero pasar por todos los grados de la miseria humana, y quedar siempre el mismo, siempre grande, siempre digno de mí.

Mateo, bajo los otros.

Silencio: esta es una disertacion filosófica sobre las desgracias anejas á la humanidad.

Abelino sigue sin verlos.

El primero que ha dicho que el mundo es una farsa, ha conocido las vicisitudes de la vida. ¡O Dios! ¡Qué papel el que he hecho yo en él, y cual el que estoy haciendo! Es sin duda el mas singular, me he encargado voluntariamente de él: pero cómo acabará?

Mateo alto.

Graciosa pregunta á fe mia ¡Eh, Abelino!

Abel. ¡Ah! ¿Eres tú?

Mat. Hombre, tus aprensiones me parecen originales: tendria mucho gusto en saber tus aventuras: porque desde que hay mundo, creo que no ha alumbrado el sol á un objeto mas horrible que tú.

Abelino riendo.

Y sin embargo tú tienes diez años mas que yo.

Mat. Dime pues, ¿de qué calabozo de que galera te has escapado? porque te aseguro que la naturaleza parece haberte formado espresamente para bandido.

Abel. Tanto mejor: así el cielo no llevará á mal el que haya seguido mi vocacion. Sin embargo, te puedo decir que yo habia nacido para ser alguna cosa mas que un compañero vuestro.

Mateo irónico.

Yo lo creo. ¿Sin duda te han predicho insignias de mérito, puestos elevados (*denota con su gesto el grillete y la horca*): no es verdad?

Abel. Te juro que el hombre en quien hoy no veis mas que un camarada vuestro, ha hecho en otro tiempo gran ruido en Nápoles.

Mat. ¡Ah, ah! sin duda por su sutileza, y por sus juegos de manos.

Abel. En toda vuestra vida, aunque cada dia robarais á un rico noble, podriais llegar á reunir una cuarta parte de las riquezas de que me he visto dueño. Yo soy de la antigua familia de los Obizos: era feliz, pero mis parientes codiciaron mi fortuna, y aprovechándose de mi carácter franco y alegre, tomaron de él motivo para calumniarme de traidor al Rey, y se me puso preso con el mayor rigor.

Mat. ¿Tus parientes?

Abel. Sí: mis parientes fueron mis acusadores. Aquellos á quienes yo regalaba en mi mesa con los manjares mas delicados, y con los mas esquisitos vinos, me desconocieron en mi desgracia, y no tuve quien volviese por mi causa, ni quisiese descubrir la impostura. Por fin, pude escaparme de la prision con peligro de mi vida, y mis bienes han sido confiscados con provecho de mis calumniadores: sabido esto me vine á Venecia, en donde he sido recibido en vuestra compañia.

Mat. Por quien soy que tendria el mayor gusto en poner fuego á Nápoles por todos cuatro costados. *Toma de la mano á Abelino.* Tú eres nuestro. Los hombres son en general muy despreciables. Véngate. Procura recobrar con destreza lo que ellos te han arrancado por fuerza.... y no temas de servir de instrumento á la cólera celeste, ni de ser el ejecutor de sus venganzas.

Abel. Muy bien: prosigue, porque, á la verdad, necesito que me animen: me siento estremecer todavía algunas veces de horror y de inquietud al oir la relacion de vuestros asesinatos.

Mat. No importa. Tú adelantarás en el oficio sobre todos: yo lo preveo. Ya es preciso que empieces á ganar tu vida, porque ya va para un mes que estás con nosotros: ¿conoces por fin todas las calles y revueltas de Venecia?

Abel. Toda la ciudad por dentro y por fuera, como este cuarto.

Mat. Muy bien: pues ya es tiempo de equiparte. *Con confianza.* Amigo, alguna cosa grande se divisa por medio de las horribles facciones de tu fisonomía. Quiero que seamos amigos, porque algun dia serás nuestro gefe. Escucha: hoy darás tu golpe de prueba.

Abelino estremeciéndose.

Hoy?

Mateo á un bandido.

Vé á buscar mis armas. *Vase el bandido.*

Abel. ¿Con que hoy es el dia en que debo yo verter la primera sangre? Es cosa singular: hoy precisamente cumplo años.

Mat. Tanto mejor: ese es un buen aguero... Otra vez te enseñaré los estatutos de nuestra sociedad. Hoy no tendrá tu destreza otro objeto que una muger. *Un bandido trae una caja que pone sobre la mesa: Mateo la abre, y saca de ella algunos puñales, y despues dice á Abelino.* Acércate. Toma estos puñales. Uno es del mas fino acero; por cada pulgada que le metas en el cuerpo de tu adversario, se te darán diez ducados; esta es la tasa. Por la hoja entera, cuanto pidas: este es nuestro uso.

Abel. ¿Y qué mucho? Los médicos se hacen pagar todavía mas caro.... Pero segun su peso (*tanteando los puñales*), sin duda deben ser considerables las sumas que habeis robado?

Mat. ¿Pues que, nos tienes tú por salteadores de caminos, ú otros miserables de esta especie?

Abel. ¡Dios me guarde! Nosotros somos malvados de un rango mas elevado.... No es verdad?

Mat. Seguramente. Por lo menos podemos adquirir en nuestro oficio tanto fruto y tanta gloria como otro cualquiera en el suyo. Y por qué nos habia de ser negada precisamente á nosotros esta ventaja que tiene el avaro amontonando riquezas, el sabio contando los volúmenes que ha escrito, y el voluptuoso multiplicando sus conquistas?... Pero basta. *A los bandidos.* Llevad esas armas, y marchad á la descubierta. Me parece que ha llegado el tiempo de nuestra cosecha; porque el número de bribones es tal, que dentro de poco apenas han de caber en el mundo. *Vanse los bandidos.*

ESCENA III.

Abelino y Mateo.

Mat. Abelino: yo soy el gefe de cuatro guapos que están sometidos á mis órdenes; pero estoy descontento con ellos. Ninguna cabeza, ningun juicio: un poco de atrevimiento, alguna fuerza en sus puños; he aquí todo su mérito. -- Tú me gustas, quiero hacerte mi confidente.

Abel. Y tú lo serás mio.

Mat. Yo no te conozco todavía bastante para apreciar el ofrecimiento de tu confianza, pero ella debe ser de algun valor, si tu corazon no desmiente á tu rostro. Conoces al Marques Grimaldi, á los señores Contarino, Parozi, Memmo, Falieri, y á todos esos nobles jóvenes agoviados de deudas, y cuyo patrimonio tienen vendido hace mucho tiempo á los usureros venecianos?

Abel. Los conozco perfectamente.

Mat. Pues esos son nuestros mejores parroquianos. Uno de ellos ha suspirado, sin duda en vano, por Rosemunda de Corfú, y quiere hoy vengarse de ella; en una palabra: se la abandona á nuestra destreza, y yo te he elegido á tí para esta espedicion.

Abelino admirado.

Rosemunda de Corfú, dices?

Mat. La misma: la muchacha mas hermosa de Venecia. -- Iremos esta tarde disfrazados al jardin de Dolabela, en donde el Dux acostumbra á pasear con su sobrina. Allí tú procurarás encontrarla en algun bosquecillo solitario, y despues...ya sabes lo que hay que hacer.

Abel. Y tú me acompañarás?

Mat. Quiero ser testigo de tu primera espedicion: esta es mi costumbre. Si te ves apurado, das un silbido, y me tienes contigo al instante.

Abel. Y la herida, de que profundidad?

Mat. Hasta el corazon. La recompensa será magnífica y pronta. Vamos, pues ya es tarde, á disfrazarnos... *Vase.*

Abel. Voy allá.

ESCENA IV.

Abelino solo.

Derramar la sangre de una muger! de la muger mas hermosa de Venecia! -- de Rosemunda! He aquí lo que se me pide por golpe de prueba. Pero se engañan los miserables si creen que Abelino ha de ser su cómplice. Ellos perecerán, y el hará temblar á Venecia; él solo desafiará á la vigilante autoridad del Dux, y velará sobre los destinos de la República. Libre de mis viles compañeros, yo conoceré y obligaré áque se dirijan á mí solo esos malvados de título, esos nobles infames y despreciables, que despues de tanto tiempo trafican con la vida del honrado ciudadano, y pagan el puñal de los asesinos. Sí: yo pereceré, ó purguré de ellos á Venecia, y la posteridad venerará el nombre odioso que habré sabido ilustrar.

ESCENA V.

El jardin de Dolabela. Se ve á la izquierda un bosquecito: en donde hay un asiento de césped.

Andres Griti y Dandoli se pasean; despues Canari.

Griti como que continua una conversacion.
Confesad, mi querido Dandoli, que el dia que tomamos Escardona á los turcos, estaba menos sereno que este.

Dand. En efecto: todavía me acuerdo con un gusto mezclado de inquietud de aquella tarde nebulosa de noviembre, en que por medio de los escombros de sus muros abatidos entramos victoriosos en la ciudad. Nuestros venecianos pelearon como leones.

Grit. Tanto mas dulce es nuestro reposo, ganado á la punta de nuestras espadas.

Dand. Sí: el reposo y los laureles; pero á vos es á quien yo debo los mios. Quién en el mundo hubiera pensado jamas en Dandoli, si Dandoli no hubiese peleado al lado del grande Andres Griti?

Griti sonriéndose.
Mi vino de Chipre hace su efecto, valiente Dandoli.

Dand. Verdad es que no debiera alabaros en cara; pero soy viejo, y no sé disimular.

Grit. Y crees tú que Carlos V. sea de esa opinion?

Dand. En su interior no creo que deja de temer al Dux de Venecia. Mientras que Griti viva, Venecia no temblará delante de Cárlos V. Pero mi patria, lo mismo que vuestra vida, se inclina hácia su ocaso. *Canari sale.*

Griti continuando.
Pues que, nuestros oficiales jóvenes no dan las mas bellas esperanzas?

Dand. ¡Ah! ¿Qué son la mayor parte de ellos? Héroes en la mesa, ó en los campos de Citeres; jóvenes voluptuosos, enervados por la malicia, sin fuerza y sin carácetr.

Can. Poco á poco, amigo mio. Venecia posee todavía hombres. Y nuestros hijos no serán á su tiempo los apoyos de su poder? Por que nuestros cabellos han encanecido bajo del casco, y nuestros pechos están llenos de cicatrices honrosas, hemos de creer que el sepulcro que nos espera absorverá con nosotros todas las virtudes de nuestros conciudadanos?

Grit. Bien, mi querido Canari! nosotros hemos de ser mas modestos.

Dandoli con calor.
Nombradme uno solo sobre que se pueda contar, y yo me retrato. ¿Son los Contarinos, los Memmos, los Falieris y sus semejantes los que quereis citar? Todos esos jóvenes viejos, cuyo color de plomo y ojos macilentos anuncian un temperamento aniquilado por la disolucion? Sí: ellos harán terrible á Venecia, pero será como lo fue en otro tiempo Sodoma.

Can. Y Flodoardo tambien?

Griti con interés á Dandoli.
Bien: y qué dices de Flodoardo?

Dand. No le cenozco bastante para juzgar de él.

Can. Pues conocedle: su padre fue en otro tiempo mi amigo y mi compañero en la guerra: los dos juntos peleamos en la flor de nuestra edad sobre un mismo navío, y cayeron algunos turcos á nuestros gol-

pes. -- Era un valiente capitan.

Dand. Os olvidais de que hablamos de su hijo.

Can. Su hijo quiere consagrarse enteramente al servicio de la república. Aunque haya sido Florencia la cuna de su infancia, Venecia es propiamente su patria. Os juro por mi honor; por este honor conservado sin tacha por mas de sesenta años, que Flodoardo será la gloria de Venecia cuando nuestras cenizas sean presa de los vientos.

Griti con gran interés.

Quiero confesarlo, amigos; ninguno ha sabido como él encontrar el camino de mi corazon. Yo no habia conocido hasta ahora la felicidad de abrazar á un hijo: no habia probado la dulzura, el placer de derramar lágrimas paternales; pero despues que he conocido á Flodoardo, mi corazon está lleno de este afecto delicioso. Le amo con toda mi alma, con toda la ternura de un padre hácia un hijo querido. - Pero sea por siempre esta ternura un secreto para él.

Canari conmovido.

¡Ah señor! ¡Cuán dulce, cuán delicioso es el pensar como el amigo á quien se ama! Flodoardo merece esa ternura (*con interés*), y tanto mas la merece cuanto mayores son sus infortunios.

Griti maravillado.

¡Flodoardo es desgraciado!

Can. Perdonad, señor: no lo es ya, puesto que vos le amais. Pero lo era cuando sin apoyo, sin socorro, desterrado y perseguido llegó á Venecia, y vino á arrojarse en mis brazos. Yo os le presenté, y vos le acogisteis lleno de bondad. Felices los dos; yo porque hice este servicio al hijo de mi amigo, y él por haber encontrado en vos un protector generoso, á cuya confianza sabrá corresponder con nobles acciones.

Grit. Pero, cómo y por quién fue perseguido? Habeis escitado mi curiosidad.

Can. Perdonad: no puedo satisfacerla: no me atrevo á levantar el velo que cubre este secreto, porque no es mio. Algun dia será manifiesto: hasta allí debo respetarle. - ¿Pero vos, Dandoli, no conoceis de modo alguno á este Flodoardo?

Dand. ¿Y quién no conoce al llamado el Adonis de nuestros dias? ¿Despues de seis meses que habita en esta ciudad, no es el asunto de todas las conversaciones, el objeto favorito de todo el bello sexo de Venecia? ¿De cuántas mugeres no ha hecho titubear la fidelidad? Ya veis si conozco tambien á ese tan ponderado Flodoardo.

Can. Tal es en efecto su esterior; prenda que él mismo no desconoce.

Grit. ¿Pero en dónde está? Ya hace cerca de seis semanas que no se le ve en palacio.

Can. Hubiera podido instruiros hace mucho tiempo de su designio. El bien de la república, y el deseo de hacerse recomendable por una grande accion, son los motivos de su ausencia.

Grit. No os entiendo.

Can. Está persiguiendo á los bandidos, de que está lleno el estado. El no promete menos que ponerlos todos en poder de los tribunales.

Dand. Ese no es valor; es temeridad.

Grit. Es una empresa bien peligrosa.

Can. El cumplirá su palabra.

Grit. ¿Sabeis lo que son esos bandidos? Una tropa de malvados, presentes en todas partes, y siempre invisibles: que se les encuentra en todo lugar, y en ninguno se les ve; un ejército de asesinos, que cubriendo de cadáveres el suelo de la república, tienen la infernal destreza de substraerse á la vigilancia del senado, y á los ojos de todos los espías de Venecia.

Can. Cuánto mas atrevida sea la empresa, mas glorioso será el buen éxito de ella.

Grit. Es esponer en vano su vida.

Can. ¿En vano? ¿No debe interesarse en esto la de todos los ciudadanos valerosos?

Grit. Es verdad, pero yo quisiera ignorar su designio. Los peligros á que se ha espuesto me le han hecho mas querido, y el temor de perderle llenará para mí de amargura todos los instantes que pasen hasta su vuelta. -- Si tuviera algunos indicios, si supiera el lugar de sus guaridas... Pero silencio; alguno viene. Volvámonos al palacio. *Vanse.*

ESCENA VI.

Rosemunda é Iduela que salen por el lado opuesto.

Rosemunda mirándolos.

Allí va mi tio paseándose con sus dos amigos. Diria que iban hablando de Flodoardo al ver el empeño é interés de su conversacion.

Iduela sonriéndose.

Como si no se pudiese hablar con entusiasmo sino de este florentino!

Rosem. Mi tio mismo habla de él frecuentemente, y siempre con calor como yo.

Iduel. Yo lo creo.

Rosem. ¡Verle y no amarle es muy difícil; pero verle y aborrecerle, oh! es tan imposible como entrever la felicidad y no desearla: tan imposible como es al ciego de nacimiento el aborrecer la luz que despues de su curacion percibe por la primera vez.

Iduel. ¡Rosemunda! ¡Rosemunda!

Rosem. Escucha Iduela. He reflexionado sobre tus discursos: son muy justos, muy prudentes, pero : : :

Iduel. Tu corazon desecha lo que tu razon aprueba.

Rosem. Es verdad.

Iduel. No te culpo: te confieso que en la primavera de mi vida Flodoardo hubiera hecho nacer en mi corazon los mismos afectos que hoy dominan al tuyo. Pero él es un simple caballero, á quien el Dux no dará jamas la mano de su sobrina.

Rosem. ¿Para qué hablar de esto? yo no quiero mas que ser amiga suya.

Iduel. ¿Nada mas? ¿No sentirias el verle casarse con otra?

Rosemunda vivamente.

¡Oh! Eso es lo que él no hará seguramente.

Iduel. No te engañes á tí misma. Un corazon ingenuo como el tuyo no se acuerda jamas del objeto de su ternura sin formar al mismo tiempo el deseo de apropiársele. Este deseo, no lo dudes, hija mia, ofenderia á tu tio, porque á pesar de su bondad hácia tí, no le seria posible libertarse del yugo de la política y de las preocupaciones.

Rosem. Sí, sí, lo sé, lo sé; por lo mismo no le quiero amar; sino solo concederle mi amistad.

Iduel. No te fies en eso, mi querida Rosemunda. Es muy comun el tomar la amistad la máscara del amor, pero aun lo es mas el esconderse el omor bajo la capa de la amistad. -- En una palabra Rosemunda, piensa en la dignidad y en las riquezas de tu tio: piensa en lo que le debes, y te costará poco el hacerle el sacrificio de un capricho de tu corazon.

Rosem. Empiezo yo misma á creer que este no es mas que un capricho pasagero. ¡Oh! no: no le amaré mas.

Iduel. Y podrás vencerte á ello?

Rosem. ¡Oh! ya lo verás. - No le amaré absolutamente, porque podria seducirme, y separarme de mi tio.

Iduel. ¡Como! ¿has de dejar de amarle en un todo?

Rosemunda los ojos bajos.

En un todo... no.. le amaré un poquito; porque ya ves, yo no puedo aborrecerle; y ademas, él no me ha dado motivo.

Iduel. Muy bien: volveremos á hablar dentro de un instante. Corro á informarme si el Dux estará pronto de vuelta en palacio. La tarde es tan hermosa, que seria lástima no disfrutarla. Acuérdate, entretanto, de tu resolucion; y sobre todo no pienses en Flodoardo. *Vase.*

Rosemunda se pasea pensativa.

¡Pero es tan hermoso! *Se detiene.* No, no, pobre Flodoardo! yo no puedo aborrecerte. -- ¿Y por qué estar tan largo tiempo ausente de Venecia? Ya han pasado seis semanas mortales despues de su partida. -- Esto es cruel -- sin duda no sabe cuanto dolor cuesta esperar á lo que se ama.

ESCENA VII.

Abelino disfrazado en un viejo, va apoyado en un palo ó muleta arrastrando hácia Rosemunda. En el fondo se ve á Mateo, que se manifiesta de tiempo en tiempo; pero de modo que no le vea Rosemunda.

Abelino remedando á un viejo.

¡Ah! he aquí un bosquecillo: gracias al cie-

lo, yâ encontré un lugar solitario en que reposar.

Rosem. ¡ Pobre viejo!

Abelino aparenta que se va á caer.

¡ Ah! ¡ Ah!

Rosemunda corre hácia él.

Esperad, esperad buen viejo. Yo os ayudaré. Apoyaos en mi brazo.

Abel. Dios os lo pague: soy un pobre septuagenario, y quisiera tomar un poco el sol.

Rosem. ¡ Qué! ¿ tanta edad teneis?

Abel. ¡ Ah! no creais que el peso de los años es el que me tiene encorvado, sino el de las desgracias que he sufrido en mi vida... Soy muy infeliz.

Rosemunda le lleva al bosquecillo.

Sentaos en este asiento de césped.

Abel. Yo tambien tenia una hija - hoy podria ya llevarme y sostenerme como vos.- Pero no vive, y estoy solo en el mundo.

Rosem. ¿ Ha muerto?

Abel. Sí, ha muerto: era una hermosa criatura, la mas amable y virtuosa que puede imaginarse: hubiera dado la vida por mí; pero me la robaron.

Rosem. ¡ Os la robaron: qué crueldad! ¿ y sabeis quién?

Abel. Un jóven malvado que sorprendió su corazon, la engañó con grandes promesas y una apariencia seductora, y por último la arrebató su inocencia; -- y yo no fuí informado de ello, sino cuando ya no era tiempo.

Rosem. ¡ Qué maldad!

Abel. Penetrado de dolor, y los ojos en lágrimas, me confesó su culpa. Fuí á buscar á su seductor, y le propuse que borrase con un matrimonio aprobado por las leyes el deshonor de mi hija; pero él se echó á reir descaradamente.

Rosem. ¡ Hombre abominable!

Abel. Recurrí en tal estado á los tribunales, en donde se me habló de indemnizacion, de pension alimentaria á la madre y al hijo, y nada de la mancha impresa en la familia.

Rosem. ¡ Pobre hombre!

Abel. Por último, el juicio se siguió, y la sentencia fue conforme á aquellas ideas: mi hija la supo, y en aquella misma noche se arrojó desesperada en el mar. -- Dios la perdone su culpa, como yo la he perdonado su ligereza.

Rosem. Consolaos buen viejo, y sentaos en este asiento.

Abelino se sienta.

Muchas gracias, hermosa señorita.

Rosemunda bajándose á hablarle.

¿ Cómo os sentis?

Abelino en voz baja.

Mejor. - Perdonad mi curiosidad. ¿ Sois la hermosa Rosemunda de Corfú, sobrina del Dux?

Rosem. La misma.

Abel. Siendo así, el cielo me ha traido aquí espresamente. Tengo que revelaros un secreto de la mayor importancia.

Rosem. ¡ Un secreto! ¿á mí? ¿ qué puede ser?

Abel. ¡ Cómo pueden ser los hombres tan crueles! -- Escuchad; pero no os asusteis. -- Conspiran contra vuestra vida.

Rosemunda asustada.

¿ Contra mi vida? ¿ Y por qué?

Abel. Tranquilizaos. Yo salgo por fiador vuestro. No se os tocará al pelo de la ropa.

Rosem. ¿ Pero, por Dios, quién os lo ha dicho? ¿ Por dónde lo sabeis?

Abel. Estais fuera de peligro: esto basta; pero hacedme el gusto de no alejaros de aquí.

Rosem. Yo no puedo estar mas. Me es preciso ir á buscar á mi tio.

Abel. No ahora: os lo suplico; si salis de este bosquecito sois muerta.

Rosemunda con espanto.

Traicion cruel, abominable. -- Mi querido viejo.

Abel. Nada temais. El asesino que acecha contra vuestra vida, espirará él mismo á vuestros pies.

Rosem. Dejadme por Dios. *Quiere huir.*

Abel. Olvida su papel de viejo, se levanta de repente, la coge entre los brazos, y la retiene en el bosque. Ella permanece cortada. Quedaos, yo seré vuestro protector.

Rosemunda mas asustada con la mutacion de Abelino.

¡ Oh Dios! -- Vos me habeis engañado. -- ¿ Quién sois?

Abelino fieramente.

Me llaman Abelino. *Saca un puñal.*

Rosem. ¡ Abelino! ¿ Quieres asesinarme?

Abel. No á tí, vuélvete al bosquecillo. *La hace volver: pónese él á la entrada.*

Rosem. ¡Misericordia! *Cae desmayada en el asiento de césped.*

Abel. ¡Silencio! *Da un silbido.*

ESCENA VIII.

Abelino, Rosemunda, Mateo.

Mateo se arroja hácia el bosquecillo con el puñal en la mano.

Abelino va hácia él.

Detente. *Le mata de una puñalada.* Que la paz reine en Venecia.

Mateo cayendo á un lado del bosquecillo.

¡Abelino! *Muere.*

Abel. Despues de una pausa, fijando sus miradas ya sobre Rosemunda, y ya sobre el cuerpo muerto de Mateo. He aquí mi primera hazaña. *Le da un estremecimiento involuntario.* Es este un sueño, ó una realidad? Me cuesta trabajo el creer lo que véo. -- ¡Aquí Rosemunda, la criatura mas hermosa, y mas digna de ser amada; y allí un gefe de bandidos, el asesino mas feroz! ¡El cielo y el infierno uno al lado de otro! Yo he defendido la inocencia, y aterrado el crímen. He aquí mi primera victoria, mi primer paso hácia la inmortalidad. Dios todo poderoso, dame la fuerza necesaria para acabar mi obra.

Rosemunda vuelta en sí.

Iduela, Iduela.

Abel. Rosemunda, mira. Este ha sido muerto por amor á tí. Vé ahora á buscar á tu tio, y dile que Abelino te ha salvado la vida.

Rosemunda temblando todavia.

Huye, asesino, huye.

Abel. ¡Huir Abelino! Abelino no huye jamas. *La mira con pasion.* ¡Qué preciosa es! Hermosa como la aurora de un dia de primavera! Abre los ojos Rosemunda: el hombre que ves delante de tí será desde este momento tu ángel tutelar, el genio protector de tu existencia. ¡Desdichado el mortal que se atreva á ofenderte! ¡Pero tú Rosemunda: tú! tú serás el blanco de mi empresa, y la recompensa de mis trabajos.

Rosem. Aléjate, hombre terrible.

Abel. ¡Terrible! Sí, lo soy y lo seré; pero jamas para tí. Si alguna vez oyes hablar de Abelino, ruega por él, porque él trabaja por tí. -- Tú serás mi esposa elegida: tú sobrina de un Dux, serás esposa de un bandido; y esta sea la prenda de nuestra union. *Le da un abrazo fervoroso.*

Rosemunda se aparta asustada.

¡Iduela!

Abel. Este abrazo te hace mia. No olvides á quien te le ha dado, y vé y di al Dux que ha sido el gran bandido Abelino. *Vase.*

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon del palacio del Dux.

ESCENA I.

Canari, Iduela.

Canari con alegria.

¿Y cómo está nuestra querida Rosemunda?

Iduel. Perdonad: no puedo menos de maravillarme al veros de tan buen humor. Este dia es sin duda un dia de felicidades para vos.

Can. Lo confieso: estoy en efecto muy contento.

Iduel. Vuestro semblante á lo menos lo manifiesta bien.

Can. Pero vamos: cómo está Rosemunda?

Iduel. Mejor de lo que se podia esperar ayer. El reposo de la noche ha disipado por fortuna las inquietudes que le causó aquel acontecimiento, y desde esta mañana ha vuelto á cantar con el arpa sus canciones favoritas.

Can. ¿Y cómo se llamaba el miserable? No puedo acordarme nunca de su nombre.

Iduel. Abelino.

Can. ¿Y no hay otras señas de él?

Iduel. Ninguna hasta ahora. En vano se hizo registrar el jardin, guardar todas sus salidas, y examinar escrupulosamente á cuantos se hallaban dentro: el bandido Abelino ya habia desaparecido.

Can. ¿Ya sabeis que en la misma noche ha sido presa toda esa caterva de asesinos?

Iduel. Me lo han dicho así. ¿Y Abelino?

Can. Tambien se ha escapado, porque su nombre no se encuentra en la lista. Pero todavia ignorais otra noticia.

Iduel. ¿Y se puede saber?

Can. Yo no lo he sabido hasta esta mañana; pero segun las señas; el que ha descubierto la guardia de estos bandidos, y los ha puesto en manos de la justicia, no puede ser otro que mi querido Flodoardo.

Iduela con júbilo.

¡Flodoardo! ¿Ha vuelto por fin á Venecia?

Can. Sí, ya está aquí. ¡Con qué júbilo he sabido su regreso, y el servicio importante que acaba de hacernos! Yo bien sabia que Flodoardo cumpliria su palabra: un corazon como el suyo no miente jamas. -- ¿Conoceis á mi Flodoardo? ¡Óh! ¡qué bello mozo! ¡es un retrato de su padre! la misma hermosura en sus facciones, el mismo fuego en sus miradas, el mismo juicio, la misma prudencia, el mismo valor.

Iduel. ¿Y en dónde está?

Can. Con todo, ha salido herido. Uno de aquellos picarones le dió un sablazo en la mano izquierda; pero verdaderamente esta herida es tan honrosa, como si la hubiera recibido en medio de una batalla.

Iduel. Rosemunda ignora esta feliz novedad; permitidme que vaya á darle parte. *Vase.*

ESCENA II.

Canari. Flodoardo con la mano izquierda vendada.

Canari corre á él con los brazos abiertos.

Flodoardo, hijo mio.

Flod. Padre mio.

Canari le abraza con ternura.

Sí, sí, yo soy tu padre: dame siempre este nombre ¡cuán dulce es á mis oidos! Sí: tú serás mi hijo, tú permanecerás en lugar de un verdadero hijo mio.

Flod. ¿Ha preguntado ya el Dux por mí? ¿Acaso le habré hecho esperar.

Can. El está instruido de tu llegada, y no tardará en salir.

Flod. ¿Y Rosemunda, cómo está?

Can. Buena, muy buena. - ¡Qué no fuese mi hija! ¡Solo á tí la daria!

Flodoardo conmovido.

¡Ah! ¡Quisiera el cielo que fueseis su padre!

Canari tomándole la mano.

¡Cómo, hijo mio! ¿Qué significa esa conmocion? ¿Me habrá hecho descubrir la casualidad en tu alma una pasion que querias ocultarme? - ¡Flodoardo! ¿Qué quieres que piense de esto? ¿Conocerás tambien el amor?

Flodoardo sonrojándose.

¡Canari!

Can. Déjate de rodeos: á un lado todo empacho. ¿Amas en efecto á la sobrina del Dux? Respóndeme con la franqueza que un hijo debe á su padre. Cada descubrimiento que hago en tu corazon, te hace apreciar mas del mio.

Flod. No sé si es posible ver á Rosemunda, y quedar indiferente. -- Pero dejemos esta conversacion. ¿A qué fin despertar en mi alma un deseo inútil, y que debe quedar sepultado en ella?

Can. ¿Tendrás secretos conmigo? ¿ó mis consejos te serán gravosos?

Flod. ¡Ah, padre mio! Bien sabeis que mi destino me arrojó hace siete meses al territorio de Venecia. Despues de todas las desgracias que habia sufrido, esperaba encontrar en algun solitario asilo, en alguna gruta apartada y salvage, aquel reposo tan necesario á mi alma, que no he encontrado hasta aquí ni en el tumulto de las ciudades, ni en la sociedad de los hombres. -- Esta era mi última esperanza, y esta esperanza tambien me ha salido vana. -- Un astro maléfico me ha conducido aquí, y soy mas infeliz que nunca.

Can. ¿Por qué?

Flodoardo, tristemente, y echándole una mirada penetrante.

¿Y vos me lo preguntais? ¡Ah! si vos no lo conoceis, dificil es que mis palabras os lo digan.

Can. Tú amas á Rosemunda. Este amor es temerario; pero es digno de tí. La sobrina del Dux no puede sin duda dar la mano á un simple caballero que no tiene otra ventaja que la de unos títulos vanos de nobleza; pero...

Flod. He ahí precisamente mi fallo de muerte. -- Yo sé bien todo eso, y he pronunciado yo mismo mi sentencia. No Canari, no: jamas bendeciré el instante de mi llegada á Venecia, ni aquel en que ví por

primera vez á la hermosa Rosemunda. Verse reducido á implorar la piedad de los que pasan, despues de haber poseido millones; y arrastrar en el polvo despues de haber vivido como un soberano, son desgracias de que es fácil consolarse; pero cuando nuestro propio corazon nos vende; cuando á nuestro pesar, á despecho de nuestra razon, mantiene un amor sin esperanza, cuyo fuego lento y devorador nos abraza y consume las entrañas, sin ofrecer remedio á nuestros males, ni término á nuestro sufrimiento: he aquí el colmo del infortunio. *Friamente.* Os suplico que guardeis el secreto que acabo de confiaros. Que muera en vuestro pecho. Mi mal no tiene remedio.

Can. ¿Y por qué? ¿No hay esperanza ninguna, ningun medio?

Flodoardo, con fuego, y en un tono resuelto. Uno solo me queda; pero terrible. El me señala el fin; pero en una perspectiva remota y espantosa. Me manifiesta el camino que debe seguirse para llegar á él: pero este camino es una senda solitaria, tenebrosa y horrible, que ninguno antes que yo tuvo la osadia de pisar. ¡Canari! ¡Canari! Si supieseis.. los cabellos se os erizarian de horror. - Y bien: esta senda es la mia: yo la seguiré con peligro de mi vida. El término de este viage será acaso funesto, espantoso. No importa, yo le emprenderé. Dios y el amor serán mis guias por medio de las tinieblas de que caminaré rodeado.

Can. He ahí el entusiasmo del amor: tambien yo he conocido ese lenguage en mi juventud: el mismo Petrarca me le enseñó. -- Escucha. Un solo camino va á la mano y al corazon de Rosemunda: Servicios hechos á la república.

Flodoardo repite maquinalmente, y en un tono lúgubre.

¡Servicios hechos á la república!

Canari con misterio.

Entre nosotros: el Dux te ama cordialmente; pero no quiere que lo sepas. A la primera ocasion solicito para tí el mando de un navío armado en corso. Me lo concederá. Le montas, das caza á los corsarios turcos que infestan nuestros mares; tu valor triunfa de ellos, y tu gloria resuena hasta el palacio del Dux. Yo me aprovecho de tu ausencia para mantener y aumentar, si es posible, la amistad que te profesa: á tu vuelta, un empleo de consideracion es la recompensa de tus servicios. -- ¿Pero, tú no me escuchas?

Flodoardo, como saliendo de un sueño, y con viveza.

Proseguid: estoy con la mayor atencion.

Can. Yo te instituyo heredero de todos mis bienes; y... ¿quién se atreverá entonces á disputarte la mano de Rosemunda?

Flodoardo distraido.

¡Cuántos dias!.. ¡cuántos meses será necesario pasar antes de llegar á esta época!

Canari maravillado, y con una sonrisa.

¡Cuántos dias!.. ¡Cuántos meses! -- tres, cuatro ó cinco años, acaso menos si el cielo bendice tu empresa.

Flodoardo tristemente.

¡Tres, cuatro ó cinco años! -- ¡Ah Canari! Vos sois en Venecia mi único amigo, mi consejero, mi padre, pero no habeis amado jamas.

ESCENA III.

Los precedentes, y el Dux Andres Griti.

Grit. Seais bien venido, valiente Flodoardo.

Flod. Señor, estoy á vuestras órdenes.

Grit. La república os da gracias por el importante servicio que la habeis hecho. Venecia é Italia no tienen enemigos mas temibles que esos bandidos que acabais de entregar. Es incalculable el número de víctimas que ha caido bajo de sus puñales. La vigilancia de nuestra célebre policía ha intentado en vano espiar sus pasos y descubrir su asilo. Todos sus esfuerzos han sido infructuosos, y no puedo concebir como Flodoardo, solo, ha podido salir con una empresa tan peligrosa.

Flod. Mi adhesion á vos me hace todo posible.

Grit. Pedid una recompensa. La república no debe quedaros deudora.

Flod. Pido solo vuestra benevolencia.

Griti tomándole de la mano con ternura.

Amigo: tú no eres un hombre cualquiera. El cielo te ha formado espresamente para grandes cosas. Conserva esos bellos sentimientos: obedece á ese corazon noble y

elevado, y la posteridad hablará de tí con entusiasmo. *A Canari.* Ha cumplido su palabra.

Can. Como hombre de honor.

Grit. Con otros cincuenta jóvenes como tú en Venecia, la tendria por la primera potencia del universo. -- Pero el gefe de estos asesinos está todavía libre; aun respira el malvado que ayer ha llevado su atrevimiento hasta dar á Rosemunda... ¡Oh¡ todavia me estremezco... Su nombre es Abelino.

Flod. Cuando la noche pasada forzamos la entrada de su alvergue, Abelino estaba allí sin duda. Enmedio de la refriega se oyó abrir una ventana con estrépito. Algunos soldados acudieron inmediatamente y creyeron divisar á la claridad de la luna uno de aquellos miserables que se escapaba.

Can. La espada de las leyes le alcanzará tarde ó temprano.

Grit. Yo lo juro. Sí: tarde ó temprano vengaré de un modo terrible el ultraje hecho á Rosemunda. Aunque él se ocultase en las entrañas de la tierra, yo sabré encontrarle. El cielo al fin se cansará de sus atentados, y le hará caer en los lazos que se le han puesto por todas partes, y su castigo será tan terrible, como inaudita su ferocidad.

Can. La prision de sus compañeros, y el sonido lúgubre de la campana, que no tardará en anunciar el momento de su suplicio, deben infundirle un cierto asombro, que le hará mas circunspecto en lo sucesivo.

Flod. Así pienso yo tambien.

ESCENA IV.

Los dichos, y Dandoli con un papel en la mano.

Can. ¡Ah mi querido Dandolí! -- ¡Ve aquí á nuestro Flodoardo! ¿Qué tal? ¿ha cumplido su palabra?

Dand. Es muy cierto. Tomad Flodoardo mi mano como prenda de nuestra eterna amistad. Habeis dado la prueba mayor de valor y de destreza; pero la seguridad de la república nada ha adelantado.

Grit. ¿Nada? eso es demasiado.

Canari, sonriendo.

No veis que esto lo dice por gusto de contrariarme!

Dand. No es ese mi empeño. Os lo repito: nuestro júbilo es inmaturo, y este triunfo infructuoso. Abelino, ese monstruo de maldad, está libre, é insulta públicamente á nuestra vigilancia.

Grit. ¿Ha sucedido alguna cosa?

Dand. Sí señor. Toda la ciudad está en movimiento, y en todos los semblantes se nota una cruel inquietud.

Todos asustados. ¿Cómo? ¿Por qué?

Dand. En la noche misma en que la destreza intrépida da Flodoardo hizo prender á esa tropa de malvados, su gefe Abelino tuvo el atrevimiento incomprensible de fijar en las estatuas y edificios principales de la ciudad un cartel que ha llenado de espanto y consternacion á todos los habitantes. El cartel es este: si quereis os le leeré.

Griti maravillado.

Leed.

Dandoli lee.

Venecianos. " Mateo, Struzza, Tomás, Petrini y Baluzi, hombres á quienes se habria dado el renombre de héroes si hubiesen combatido á la cabeza de un ejército, van á perecer hoy víctimas de vuestras leyes ridículas. Vosotros perdeis unos amigos valerosos, pero os queda su gefe, un gefe intrépido que no teme el poner su nombre. -- Desafio mas que nunca las vanas amenazas de vuestra policía, y la arrogancia del jóven presuntuoso que ha llevado á mis hermanos al cadahalso. Yo respiro, y estoy libre todavía. Quien me necesite, me encontrará en todas partes: quien me quiera vender, no me hallará en ninguna. ¡Pero, desgraciado del que me persiga! Su vida ó su muerte estan en mi mano. Yo soy el bandido Veneciano. = Abelino."

Griti furioso.

Cien ducados ofrezco á quien le descubra; y mil á quien le entregue muerto ó vivo. Flodoardo, hoy comeremos juntos. *A Canari y Dandoli.* Vosotros, amigos mios, seguidme á mi gabinete. *Vanse los tres.*

Flodoardo solo.

¡Mil ducados á quien le entregue muerto ó vivo! - No, valiente viejo, no espongo yo mi vida, ni la confio á la incertidumbre de la suerte por un precio tan corto. - ¡Pero Rosemunda! Dame á Rosemunda. ¡Ah!

Es demasiado preciosa para un bandido.-- He aquí ya mi cabeza puesta á precio. -- ¡ Cuántos espías, cuántos delatores van á hacer pulular estos mil ducados en Venecia !

ESCENA V.

Flodoardo. Rosemunda que sale corriendo.

Rosem. ¿ Dónde está ? ¿ dónde está?

Flodoardo , yendo hácia ella.

¿ Puedo saber quién , hermosa Rósemunda?

Rosemunda, asustada al verle.

¡ Ah ! *Procurando disimular.* Mi tio: Señor.

Flod. Acaba de pasar en este momento á su gabinete con los Señores Canari y Dandoli. -- Dificilmente podreis ahora hablarle.

Rosemunda le mira maravillada.

¡ Bien larga ha sido vuestra ausencia!

Flod. Pues no conozco á ninguno á quien haya debido parecer tal.

Rosem. ¿ A ninguno? No lo creo. Yo sé bien quien os esperaba con impaciencia.

Flod. ¿ Y quién puede ser ?

Rosemunda vivamente.

¿Quién? Yo.- *Se recobra.* Yo creo que mi tio.

Flod. ¿ Solamente vuestro tio ?

Rosem. Ha preguntado muy frecuentemente por vos. ¿ Tambien Iduela ?

Flod. ¿ Tambien Iduela?

Rosem. Y si no me engaño, Canäri igualmente.

Flodoardo , con temor.

¿ Y Rosemunda de Corfú , se ha dignado de pensar en mí?

Rosemunda, cortada.

¿ Rosemunda ? ¡ Oh ! sí, alguna vez.

Flodoardo , suspirando.

¿ Alguna vez solamente ?

Rosem. Pensar en uno de tiempo en tiempo, ó algunas veces , viene á ser lo mismo. No sé que en esto haya nada de malo.

Flod. ¡ Si pensar en vos fuese un crímen , ah Rosemunda ! ¿ podria yo espiar jamas los que he cometido ? - ¿ Cómo olvidar la primera noche en que tuve la felicidad de conoceros, y en que vuestro respetable tio me permitió bailar con vos ? Cómo olvidar lo que pasó en mi alma, cuando esas manos en las mias, arrastrados por la armonía de la orquesta, nos perdimos en el tropel de bailadores que rodaban al rededor de nosotros, ya separados, y ya reunidos, buscándonos con los ojos, y encontrándonos siempre con entusiasmo ? - ¡ Ah Señora ! aquel fue el primer dia que pasé en Venecia, y tambien el mas feliz de mi vida.

Rosem. Tampoco yo le he olvidado. -- Fue una funcion magnífica.

Flod. Y ahora. -- Vos ahí, y yo aquí. -- Esto es ser muy infeliz.

Rosem. ¡ Cómo ! -- No os entiendo. -- Quién es el infeliz ?

Flod. El que entrevé la felicidad, sin esperanza de gozarla ; el que , consumido de una sed abrasadora, ve delante una copa de néctar, sin atreverse á llevarla á sus labios.

Rosemunda , con una tierna sonrisa.

¿ Seria ese vuestro estado ? ¿ Es así como debo esplicar vuestras palabras ?

Flod. Sí hermosa Rosemunda. -- Me habeis entendido. ¿ Decidme ahora : no soy muy desgraciado ?

Rosem. ¿En dónde está esa felicidad que no os atreveis á esperar ?

Flod. La felicidad está al rededor de Rosemunda. *Rosemunda baja los ojos.* Volveis los ojos? ¿Os habrá ofendido mi franqueza?

Rosemunda, arrancando en tanto distraida algunas flores del ramillete que lleva al pecho.

Flodoardo , yo no entiendo ese lenguage.

Flod. ¡ Cómo ! ¿ El lenguage del corazon os será todavia desconocido ?

Rosemunda sobre sí.

Flodoardo, Florencia es vuestra pâtria. Allí pueden estar en uso las galanterías de esa especie , pero en Venecia no gustan. Por lo que hace á mí , las detesto; y de ninguno las deseo oir menos que de vos.

Quedan los dos cortados un momento , con los ojos bajos , ó echándose algunas miradas á hurtadillas. Ambos, cada uno por sí, buscan medio de anudar la conversacion.

Flodoardo , señalando una flor que Rosemunda tiene en la mano.

¡ Qué hermosa flor es la violeta !

Rosemunda , todavia cortada.

¡Qué olor tan suave!-¡Que color tan precioso ! El encarnado y el azul mezclados con

un arte que ningun pintor sabria imitar.

Flod. ¡Y esa reunion tan espresiva de colores! Ese encarnado que anuncia el júbilo y la felicidad: ese azul, emblema de la amistad, y de... ¡ah! qué feliz seria el mortal que recibiese esa flor de vuestras manos! Vuestra amistad y la felicidad estan unidas entre sí mas estrechamente que los colores que adornan la violeta.

Rosem. ¿Qué cosas tan bellas sabeis decir sobre una flor tan simple?

Flod. ¿Y á quién dará Rosemunda algun dia lo que parece significar esa flor? - ¿Pero, á qué fin esta pregunta? Yo no sé en verdad lo que pasa hoy por mi cabeza. - Perdonadme señorita la indiscrecion. *Ambos callan echándose mútuamente miradas fugitivas. Rosemunda le examina por fin sonriéndose con el candor de la inocencia. Flodoardo procura adivinar esta sonrisa, contemplándola en un éxtasis amoroso, y suspira involuntariamente.* ¡Rosemunda!

Rosemunda, con voz trémula.

¡Flodoardo!

Flodoardo, tímido.

Dadme esa violeta. ¡Oh! *Con ternura.* Dádmela. *Rosemunda menea la cabeza signicando que no.* Pedidme en cambio una diadema;yo se la robaré á algun Soberano.-Sí, Rosemunda, dadme, dadme esa violeta. *Una pausa. Rosemunda le mira con emocion.* Mi reposo, mi felicidad, mi vida penden de esa flor. Dádmela, y tan cierto como hay un Dios, renuncio con gusto de todas las bellezas del universo. *Rosemunda se enternece. Su mano hace un movimiento. Flodoardo, mas urgente, y con una grande sensibilidad.* ¿Oirá mis ruegos Rosomunda? ¿No habré instado en vano?

Rosem. Aparte. ¿Y si yo le diese esta flor, qué diria Iduela? - No. *La despedaza.*

Flodoardo, retrocede de sorpresa y dolor. No esperaba semejante crueldad.

Rosemunda con candor.

Si esto pudiera haceros feliz, ciertamente querido Flodoardo, yo os daria alguna cosa mejor que pobres violetas. Pero estas flores ni me atrevo ni puedo dároslas, porque las habeis puesto un precio tal -- un precio tan considerable. ¡Óh! Vamos, no se vuelva á atar una conversacion semejante.

Flod. ¡Rosemunda! ¡Rosemunda! *Se separa lentamente, la hace una profunda reverencia, y se va lleno de tristeza.*

Rosemunda, siguiéndole con los ojos.

¡Y todo esto es solo un disimulo! Mi corazon desmiente las espresiones de mi boca.- Si yo aparento estar ofendida, mi pobre, Flodoardo, no es mas que por complacer á Iduela. -- ¿Y cómo es que él no lo conoce? Yo tenia casi deseos de decírselo. -- Y ahora se va tristemente; acaso dejará desesperado á Venecia, y yo no le volveré á ver. -- ¡O Rosemunda! ¿Qué has hecho? ¡Tanto heroismo es superior á las fuerzas de una niña! ¡No era esta mi intencion, y esta victoria me costará muchas lágrimas!... *Una pausa.* Pero Iduela me lo pagará todo. Sí, la misma Iduela te llevará desde mañana un canastillo lleno de flores; y te dirá en mi nombre: felicidad y amistad. *Vase alegremente.*

ESCENA VI.

El teatro representa la habitacion de Parozi. Se ven en ella asientos, y una mesa con varias luces, botellas, vasos, libros y papeles confusamente esparcidos. Está anocheciendo.

Parozi, solo, de mal humor.

¡Cómo! ¡Ni uno solo de vuelta! ¿Qué hacer con cobardes de esta especie? ¡Hacerse esperar hoy! -- En el momento mas crítico! ¡Nuestros valientes gimén entre prisiones, Rosemunda vive todavia, y Abelino se anuncia públicamente en Venecia! -- Mi espíritu se pierde en conjeturas, y ninguna me aclara este enigma. *Se arroja despechado en una silla.* ¡Rosemunda vive todavia! -- Tanto mejor; desquiciado el estado por nuestras maniobras subterráneas, está en vísperas de arruinarse; y quién sabe si en el trastorno general me estará destinada Rosemunda? ¡Qué felicidad conseguir una sonrisa de sus labios, oir sus suspiros, contar cada movimiento de su corazon, cada deseo de su alma por la agitacion de su pecho palpitante! -- He aquí las primeras, las verdaderas delicias del amor! *Se levanta repentinamente.* Pero no pensemos mas en esto. - Parozi! Parozi! y si el astuto Andres Griti llega á des-

cubrir tus proyectos ; si sabe que estoy á la cabeza de algunos botarates !-- porque, cómo llamar á unos jóvenes imprudentes que por substraerse á la férula quieren incendiar la casa paterna ?--¡ Parozi ; si todo esto llegase á los oidos del Dux!

ESCENA VII.

Parozi, Memmo y Falieri que entran.

Mem. Buenas noches Parozi.

Fal. Parozi, felices.

Parozi, paseándose,

¿ Qué hay de nuevo ?

Mem. Estoy fuera de mí. ¿ Dime por Dios-- has enviado tú á Mateo contra Rosemunda?

Parozi vuelve turbado.

¿Yo ?--¡ Qué idea ! Creo que deliras.

Mem. No en verdad. Hablo seriamente. Pregunta á Falieri; él te puede decir algo mas.

Fal. Escucha Parozi. El procurador Dandoli ha referido al Dux como un hecho cierto y comprobado, que tu amor habia sufrido un desaire de Rosemunda, y que tu resentimiento ::::

Parozi le interrumpe de pronto.

Y yo te digo que Dandoli es un impostor.

Mem. Mira que Griti es terrible.

Par. Griti es un miserable. Tiene conocimientos militares, valor, si quereis : pero ninguna cabeza.

Mem. Pues yo te juro que Griti es astuto como un raposo, y terrible cómo un leon.

Fal. Sí, por el maldito triunvirato de que es gefe: pero que le quiten á Canari, Dandoli y Flodoardo, y será como un orador que ha perdido el hilo de su discurso.

Par. Falieri tiene razon.

Fal. Su arrogancia es la de un aldeano revestido de la púrpura. ¿Ademas, no observais el aparato de que se rodea, y como va aumentando diariamente el tren y gasto de su casa ?

Mem. ¡ Por vida mia que es muy justa la observacion !

Par. ¡Y la autoridad que se arroga; el poder que ostenta, y el miedo que infunde por todas partes ! Los diez, los cuarenta, los procuradores, los abogados de S. Márcos no están todos sacrificados á su voluntad? ¿ no son otros tantos autómatas que hace mover al grado de su capricho ?

Fal. ¡ Y el pueblo tiene la bondad de deificarle !

Mem. Eso es lo peor.

Fal. O yo perderé la vida, ó las cosas mudarán.

Par. Sí, pero se necesitan mas accion, y menos palabras. ¿Qué hemos hecho hasta ahora? ¿ Llegaremos á lograr la mudanza que pueda salvarnos, corriendo las tabernas, pasando nuestra vida en las casas de juego ó de disolucion, y precipitándonos en un océano de deudas? Empecemos, ataquemos, trastornemos: es necesario que se arruine el estado, ó somos perdidos.

Mem. Sin duda, sin duda. Hace seis meses que un ejército de acreedores sitia nuestras puertas : ellos me dispiertan por la mañana con sus gritos, y me concilian por la noche el sueño con sus lamentos.

Parozi riendo.

Ya sabeis que yo me hallo en el mismo caso.

Mem. Si hubiésemos vivido mas sobriamente, podriamos hoy permanecer tranquilos en nuestros palacios, y burlarnos de lo venidero ; pero ahora :::

Fal. ¿ Si querrá Memmo encajarnos ahora un sermoncito ?

Par. Esa es la costumbre de los libertinos viejos, predicar continencia cuando la edad les ha privado del poder de pecar. Pero yo estoy mas contento conmigo mismo. Las ideas que andan por mi cabeza prueban á lo menos que no soy yo uno de esos hombres vulgares, á quienes asusta el peligro y una grande empresa hace estremecer. La naturaleza me ha dado osadía, un corazon inquieto, y un espíritu turbulento, de que me serviré para trastornar el antiguo órden del estado, arrancar al pueblo de la desidia é inaccion vergonzosa en que vegeta, hacerle adoptar algunas ideas nuevas y atrevidas y determinarle á una sublevacion general, á una insurreccion universal. Tal es mi plan. Yo cumpliré mi destino como el huracan que desola y aniquila; pero que al mismo tiempo purga á la naturaleza perezosa, dispersando á lo léjos los vapores contagiosos que infestan los aires.

Fal. ¡Muy bellas frases, en verdad ! pero no hay mas. Parozi, en tanto que tu futil elocuencia fatigaba quizá los oidos de algunos pillos de taberna, Falieri empleaba su tiem-

po en acciones. -- El marques Grimaldi está descontento con el gobierno: ignoro el motivo de su enemistad contra el Dux; pero es cierto que esta enemistad ecsiste. En una palabra, Grimaldi es nuestro.

Memmo, admirado y contento.

¿Qué dices?--¿El marques Grimaldi?

Fal. Es de los nuestros, repito. Verdad es que yo le he ponderado con énfasis nuestras miras desinteresadas, nuestro amor á la libertad; pero Grimaldi es astuto y disimulado, y puede sernos muy útil.

Par. Muy bien, amigo: tú quieres ser el Catilina de Venecia. Por lo que á mí toca, tampoco he perdido mi tiempo. Lo que he hecho es poca cosa; pero poseo un medio poderoso, infalible de atraer á nuestro partido la mitad de Venecia.--¿Conoceis á la marquesa de Almería?

Mem. ¿No tenemos cada uno de nosotros una lista de las bellezas de Venecia? ¿y esta no está á la cabeza?

Fal. Rosemunda y Almería son las divinides de todos los héroes que siguen las banderas del amor.

Parozi con arrogancia.

Pues la marquesa es mia.

Fal. ¿Cómo?

Memmo entre dientes.

¿Almería?

Par. Os habeis quedado como si os hubiese profetizado la caida de los astros. -- En una palabra; soy el confidente, el favorito de Almería: pero nuestra intimidad debe permanecer en secreto. Lo que yo quiero, ella lo hace; y lo que ella hace, es imitado por la mitad de Venecia.

Fal. Tú eres nuestro, Parozi.

Parozi moderadamente.

Yo quisiera haber hecho mas. Si Rosemunda hubiera perecido ayer en el jardin de Dolabela, el servicio seria mas importante. Esta belleza funesta es el lazo que encadena al carro de Griti los principales nobles de Venecia. Cada uno procura su favor con la esperanza de obtener la mano de su sobrina, y de ser algun dia el heredero de sus inmensas riquezas. Si Rosemunda muere, es destruida su esperanza, el Dux queda sin fuerza y sin apoyos, abandonado á sí mismo, y nosotros somos los dueños de Venecia.

Mem. Tengo casi vergüenza de no haber hecho hasta aquí nada que me haga digno de vosotros. Para contribuir siquiera en algo al éxito de nuestra empresa, me encargo desde este momento de proveer en parte á los gastos necesarios para la ejecucion. -- Tengo, como sabeis, un pariente viejo enfermo, que ha pasado su vida en juntar montes de oro: yo soy su heredero único; ¿por qué no he de apresurar el momento de gozar de su sucesion?

Fal. Hace mucho tiempo que debiera estar enterrado.

Mem. Sin duda: ¿pero, lo creereis? Siento algunas veces estremecimientos de inquietud que parecen remordimientos de conciencia.

Par. Por vida mia, siendo así te aconsejo que te hagas ermitaño.

Mem. ¡Eh! quizá, no haria tan mal.

Fal. Escucha: oigo que suben.

Par. Será acaso nuestro amigo Contarino.

ESCENA VIII.

Los Dichos, y Contarino agitado, y en el mayor desórden.

Cont. Adios amigos.

Todos. Buenas noches, Contarino.

Par. ¿Cómo vienes así?-¿Estás herido? ¿Qué has hecho?

Cont. Nada: -- Estas son bagatelas de ayer noche. *Quítase la capa.* ¿Hay vino? Echadme un vaso lleno.

Memmo, echándole vino.

Amigo estás muy agitado.

Contarino, despues de haber bebido, alarga otra vez el vaso.

Otro. -- Tengo una sed devorante.

Fal. Tú estás verdaderamente herido: veo manchas de sangre en tu ropa.

Par. ¿Cuéntanos pues, qué ha pasado?

Cont. ¿Qué ha pasado?--Nada. *Alarga otra vez el vaso.* Otro vaso: hasta arriba.

Mem. A la verdad, tu semblante me asusta.

Cont. Vele ahí porque soy yo Contarino y tú Memmo. -- He perdido mucha sangre, es verdad, pero la herida no es de modo alguno peligrosa. *Se descubre el pecho.* Mirad, no es mas que un sablazo de dos pulgadas de profundidad en la carne.

Mem. ¿De dos pulgadas? ¿y llamas á eso una bagatela?

Cont. He presenciado ayer la derrota de los bandidos. -- Brrr.... me dan escalofrios. Echadme vino; es preciso espantar la fiebre. *Se le echa, y bebe.* Ahora, amigos, sentaos: tengo cosas singulares que deciros.

Todos se sientan.

Habla, habla.

Cont. Salí ayer entre dos luces en busca de los bandidos: no conocia entre ellos sino á Mateo su gefe: la empresa, me direis, era temeraria, monstruosa: por lo mismo no la he intentado sino para convenceros de que todo es posible en resolviéndose á hacerlo. Tenia yo algunos indicios que queria aclarar. Un gondoloro de mala catadura me recibió en su góndola. Cierto de no ser conocido con el disfraz que llevaba, trabé conversacion con él; algunas palabras misteriosas que soltó, me convencieron de que estaba instruido del retiro de nuestros guapos. Poco á poco me fuí familiarizando; insté, lisonjeé, prometí, un puñado de ducados acabó de trastornarle, y me confesó que él mismo era uno de los miembros de aquel cuerpo formidable. Nuestro trato fue concluido al momento. Me paseó durante dos horas por medio de todas las calles de Venecia, de modo que desorientado, y con la obscuridad, ya no sabia en donde nos hallábamos. En fin, que quise que no, me vendó los ojos, y despues de una media hora de viage, se paró la góndola. Me dijo que saliese: me condujo por algunas calles solitarias á la entrada de una casa, y de allí por un paso estrecho, á un cuartito pequeño. Aquí me arranca la venda de los ojos, y me veo rodeado de algunos desconocidos, cuyas miradas feroces hacian un singular contraste con la pérfida dulzura de una muger que se encontraba en su sociedad.

Fal. Contarino: esto es mas que valentía.

Cont. No habia un momento que perder. Arrojé sobre la mesa todo el oro que llevaba conmigo; les prometí montes y morenas, enseñándoles ciertas señales que servirian para reconocernos. En fin, les encargué que despachasen á la mayor brevedad á Dandoli, Canari y Flodoardo.

Todos. ¡Bravo! ¡bravo!

Cont. Todo iba lo mejor que podia desearse, cuando de repente una visita inesperada vino á turbar nuestra conversacion.

Par. ¿Y quién?

Mem. Me estremezco.

Cont. Llaman á golpes redoblados. La muger se arroja fuera del cuarto, abre la puerta y vuelve pálida, espantada, gritando: huid, huid, ó sois perdidos.

Fal. Prosigue.

Cont. Ya no era tiempo. Esbirros y oficiales de policía, armados de pies á cabeza, se precipitan por todos lados en el cuarto. A su frente venia ese estrangero de Florencia con la espada en la mano.

Todos. ¡Flodoardo! ¡Flodoardo!

Fal. ¿Quién demonios puede haberle enseñado aquel retiro?

Par. ¡Por vida! ¡Qué no estuviera yo contigo!

Mem. Mira, mira Parozi: ya ves que Flodoardo no es un cobarde como sospechabas.

Fal. Silencio; dejémosle acabar.

Cont. Todos nos quedamos un instante sin movimiento, y como heridos del rayo.-En nombre del Dux y de la república, daos á prision, esclamó Flodoardo. - En nombre de satanás, defendeos, gritó mi gondolero arrojándose sobre él con la espada en la mano. Los otros se apoderan al mismo tiempo de las armas de fuego colgadas de la pared; yo saqué mi sable, y apagué las luces para aumentar las tinieblas, é impedir á los dos partidos que se reconociesen. Sin embargo, la luna que entraba por los vidrios medio rotos de una ventana, aclaraba con su pálida luz esta escena de horror. -- Cada uno, pensaba yo, va á sacar aquí el partido que pueda, y me arrojé sobre Flodoardo. Veinte golpes dados, evitados y vueltos no hicieron mas que aumentar nuestro furor recíproco. En vano reuno de nuevo mis fuerzas; en vano vuelvo á empezar el combate; por todas partes mi acero encuentra con el suyo. Toda mi destreza, todo mi valor son inútiles, y sin poder evitarlo, me veo privado de mi arma, y obierto el pecho de un revés. El golpe me hace vacilar: la sangre me salia en abundancia. Al mismo instante salen algunos tiros, cuya luz me hace percibir

una puerta secreta. Me paso por ella á un cuarto inmediato; hago saltar la ventana de una puñada, y me precipito á un patio: allí se me oponen al paso paredes y fosos: pero todo lo venzo, llego al canal; y un gondolero me conduce en seguida á la plaza de san Márcos desde donde me vuelvo felizmente á mi casa. -- Esta es toda la aventura.

Mem. ¡Gracias á Dios que te has escapado!

Fal. Pero repito, cómo ese maldito florentino ha descubierto la guarida de los bandidos?

Cont. Probablemente por casualidad como yo. -- Pero él me pagará esta herida.

Par. Su muerte sola puede pagar; y yo la juro.

Todos, tomando los vasos.

Su muerte, su muerte.

Cont. Sí, él morirá, ó que esto se me convierta en veneno.

Parozi con ironia.

Es preciso confesar que somos unos héroes; pero solo al rededor de una mesa, y con el vaso en la mano. -- Juramos y votamos; pero, ¿qué hemos hecho hasta ahora? ¿Qué insecto ha caido hasta este momento, víctima de nuestra audacia?

Cont. Tienes razon: es preciso ejecutar sin dilacion, y aprovechar la ocasion antes que se nos vaya de entre las manos. El tiempo urge: si nos detenemos mas, la empresa es vana, y nuestra pérdida cierta.

Par. Tal es mi opinion. Es necesario mudar el gobierno, ó sepultarnos bajo sus ruinas: en cualquiera de estos dos estremos, estamos seguros de encontrar el reposo; sea en las dignidades que nos prepara un nuevo órden de cosas, sea bajo los restos del que ecsiste. La mano de la necesidad nos ha colocado sobre la cima de una escarpada y aislada roca, de donde es imposible retirarnos. Un precipicio espantoso está á nuestros pies; es preciso pues, salvarle, ó caer en él; es preciso por un esfuerzo de espíritu cubrirnos de gloria pasando por los libertadores de nuestra patria, ó resolvernos á morir en el cadahalso, y en el suplicio de los rebeldes.

Fal. Reflecsionemos ahora: dónde iremos por los hombres y el dinero necesarios para consumar esta grande obra?

Par. No hay que desconfiar. Las casas de juego, de disolucion y de prostitucion nos proveerán de hombres, que como nosotros quieran reparar el descalabro de sus casas con la ruina de otras; y el tropel de usureros que cubre el suelo de Venecia, lisonjeados con la ganancia que les ofrecereis, y con los empleos que estarán á su disposicion en el nuevo gobierno, pondrán á la nuestra sus tesoros.

Con. Está bien pensado.

Mem. Silencio. -- ¿No ois que suben? ¿Quién puede venir á tales horas?

Par. Yo no he llamado á nadie; y las puertas estan bien cerradas.

Memmo asustado.

Que llegan. Somos vendidos.

ESCENA IX.

Los Dichos y Abelino.

Abel. ¡Ola! Buenas noches, señores.

Cont. ¿Quién va?

Par ¿Quién eres?

Abel. Yo soy Abelino.

Todos asustados.

¿Abelino?

Parozi saca su espada.

¿Qué buscas en medio de la noche? - ¿Hás prometido la cabeza de alguno de nosotros? Pues te prevengo que todos estamos determinados á vender cara nuestra vida.

Abel. Nada Parozi. Yo solo busco empleo.

Par. ¿Qué empleo?

Abel. ¿A qué viene el disimulo Vamos, continuad vuestros asuntos: nosotros somos amigos. ¿No habeis leido mi cartel á los venecianos?

Cont. Sí, le hemos leido. Eres seguramente un hombre de valor y osadia.

Abel. ¿Y sin embargo no teneis necesidad de mí? - En ese caso - soy vuestro servidor; ya no tengo nada que hacer aquí. En otra parte encontraré quien me emplee. *Quiere irse.*

Par. Aguárdate.

Fal. Sí aguarda. ¿Adónde quieres ir? Es necesario que nos conozcamos mas de cerca.

Abel. ¿De mas cerca? Yo os conozco á todos hasta el fondo del corazon. Leones en una comilona, y corderos en la accion; he ahí lo que sois. Este es el mas esforzado de en-

tre vosotros, y se llama Parozi. Aquel se llama Contarino, el noble mas aniquilado de Venecia. Este otro Falieri, que tiene muy buena voluntad: pero pocos medios. ¡Cómo! ¡Qué veo! ¡Este cobarde se halla tambien entre vosotros! ¿No se llama Memmo? - Pero dejemos esto: creo que tendreis aquí vino. Tengo una sed de todos los diablos.

Parozi le da un vaso de vino.

Bebe.

Abelino, despues de haber bebido.

El marques Grimaldi... Otro lleno. Es necesario ante todas cosas, mitigar esta sed.

Falieri le echa vino.

¿Qué quieres decir del marques Grimaldi? Habla.

Abelino bebe.

El marques... *Alarga el vaso.* Otro. Cuando el vino es bueno, mi costumbre es beber tres veces de seguida.

Contarino le presenta un vaso.

Responde. ¿Qué quiere el marques?

Abel. Tomad ese vaso. - El marques os saluda cordialmente.

Fal. ¿Y es todo eso?

Par. ¿Le conoces tú tambien?

Abel. ¿Si le conozco? Somos amigos íntimos. ¿Pues qué no puedo yo tratar con marqueses?

Todos rien.

Ah, ah, ah.

Par. Eres un hombre de un valor estraordinario; de un temple de acero. Pero responde. Si algun dia tienes la suerte de tus camaradas: si te llegan á echar la mano..,

Abelino friamente.

Entonces seré quizá ahorcado, ó degollado: pero, segun toda apariencia, seria mas bien despedazado, ó quemado vivo.

Mem. Dios te libre. Tu sangre fria me pasma.

Abel. ¿Y bien, qué significan todos esos nombres? - ¿la muerte. - ? ¿Y por qué he de temer el recibir un presente que yo estoy haciendo tan frecuentemente á los demas? por lo menos no moriré como esos hombres de todos los dias, que se apagan como las lámparas sin aceite. Un pueblo numeroso rodeará mi lecho en mis últimos momentos; un monumento eternizará mi nombre: se levantarán columnas á mi gloria; y los cuervos se alimentarán con mis despojos. Pero basta; volvamos á nuestros negocios. ¿No teneis ninguna comision que darme?

Falieri á los conjurados.

Escucha: es menester hacer un servicio al marques Grimaldi. El procurador Dandolî no cesa de desacreditarle con el Dux. Es su enemigo mortal.

Todos, con una señal de aprobacion.

Tienes razon. Sí, Dandoli.

Falieri á Abelino.

Escucha. -- Dandoli... tú me entiendes.

Abel. ¿Morir?

Fal. ¿Bien está; sí: qué pides por su cabeza?

Abel. Quinientos ducados. *Todos quedan cortados y mudos.*

Fal. ¡Qué diablos! Eres demasiado caro.

Abel. Yo tengo mi tarifa para esta clase de espediciones. En ella estan arreglados todos los precios; y no podria rebajar ni una blanca sin separarme de mis principios. Cuanto mas mérito tiene el hombre, mas le hago pagar. El mérito es tan raro hoy, que no se sabe como apreciarle. No todos los dias se encuentra un hombre como este á quien dar de puñaladas. Si fuese á algun miserable, yo le despacharia mas barato... Por ejemplo, á uno de vosotros -- *gratis.*

Mem. ¡El pícaro es gracioso!

Par. Sé un poco tratable.

Abel. Lo repito: ni una blanca menos. Dadme los quinientos ducados, y os prometo, á fe de Abelino, que mañana Dandoli habrá visto el sol por la última vez. Aunque él se levantase hasta los cielos, ó se ocultase en las entrañas de la tierra, mis ojos le descubrirán, y mi puñal.... Contad sobre mí.

Cont. ¡Qué hacer! ¡Quinientos ducados!

Parozi arroja un bolsillo.

Ahí van doscientos.

Contarino tira el suyo.

Ciento.

Falieri hace lo mismo.

Ciento.

Memmo lo mismo, de mal humor.

Otros ciento.

Abelino los recoge.

Buenas noches, caballeros. Mañana á estas horas, ya no hay Dandoli en el mundo.

Vase. Todos llenan sus vasos.

Par. ¡Animo! El negocio es bueno, el servicio considerable.

Mem. ¡Es un hombre terrible este Abelino!

Parozi bebe.

¡A fe mia! Viva Abelino.

Todos beben.

Viva Abelino.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el jardin del Dux.

ESCENA I.

Andres Griti sentado en un asiento de césped, triste y pensativo.

Estoy cansado de reinar. - ¡O Venecia! ¿Es esta mi recompensa? ¿La recompensa de los combates que he dado, de las heridas que he recibido por tí? ¿Me pagas así la sangre que he derramado, el sacrificio que te he hecho del reposo tan necesario á mi edád, la ternura inquieta con que he velado noche y dia para mantener la tranquilidad en tu recinto? ¡Venecia ingrata! Es esta mi recompensa? -- Por todas partes el crímen audaz levanta su cabeza altanera, amenaza, triunfa, y tus mejores ciudadanos perecen bajo el puñal de los asesinos... *Un profundo suspiro.* ¡O Dandoli! ¡Amigo de mi infancia! ¿Por qué te perdonó la muerte bajo los muros de Scardona? Tú hubieras acabado con un héroe en los campos de la victoria: los laureles habrian cubierto tu tumba, y la gloria habria inmortalizado tu valor. *Se levanta, y da algunos pasos.* ¡Abelino! ¡Abelino! tú me pagarás bien caro algun dia el amigo que me has quitado! - Mi dolor es profundo; tu castigo será terrible.

ESCENA II.

Griti, Canari.

Grit. ¿Qué hay Canari?

Canari, con una profunda tristeza.

¡Ah! la noticia es demasiado cierta.

Griti conmovido.

Dame la mano mi antiguo compañero de armas. - Tú eres en adelante el único amigo que me resta. -- Un crímen horrible ha roto el nudo de nuestra triple union. Canari, nuestro triunvirato quedó para siempre disuelto.

Can. Para siempre.

Grit. ¿Qué placer, qué satisfaccion se puede tener en el mundo, si no es dividida con un amigo? ¿En dónde se refugiará un desgraciado á quien persigue la adversidad, sino en los brazos de un amigo? ¿Quién le consolará, quién aliviará sus penas, sino el corazon y las palabras de un amigo? ¡O amistad, el mas dulce regalo del cielo! yo he gozado de tus beneficios, yo he tenido amigos (*las lágrimas en los ojos.*), solo me queda uno. - Tres amigos han hecho conmigo el viage de la vida, mientras ha pasado un medio siglo sobre mi cabeza. Guiscard de Corfú me fue arrebatado en un combate: su navío, abierto por todas partes, se iba á fondo cuando todavia le estaba mandando; yo mismo, rodeado de enemigos, ¡ah! no le pude salvar: pereció como un héroe, ilustrando su muerte con la derrota de sus enemigos, y alargando hácia mi su mano derecha para decir á su amigo su adios para siempre. - El segundo fue Dandoli - ya no vive tampoco.

Canari suspirando.

La suerte ha perdonado solo á los dos.

Grit. Sí, tú eres el último. Permanezcamos amigos en tanto que el cielo nos permita vivir juntos. Ya somos viejos, y dentro de pocos dias nos reuniremos con Dandoli.-- Sí, cobremos ánimo: persigamos el crímen con nueva actividad: su triunfo no puede ser de larga duracion.

Canari tomándole de la mano.

Sí; y derramaremos de tiempo en tiempo una lágrima en memoria de nuestro valiente Dandoli. - Los que quedan no son los mas felices; pero dejemos esto: - Yo venia solamente á deciros, Señor, que á pesar de nuestras investigaciones, el cuerpo del buen procurador no ha parecido hasta ahora, aunque parece cierto que su asesino le ha precipitado en el gran canal: los vestigios de sangre que se encuentran cerca del puente de Rialto, comprueban esta triste certidumbre.

Grit. Triste y cruel,

Can. Todos los pescadores y gondoleros estan ocupados en buscarle; en todas partes se ha doblado la guardia, y desde este momento deben estar recorriendo dia y noche las patrullas las calles y encrucijadas de Venecia. Se ha publicado al mismo tiempo en toda la ciudad que la república ofrece una magnífica recompensa á quien descubra el autor de este asesinato: pero:::

Griti le interrumpe.

Toda nuestra vigilancia, todas nuestras medidas serán infructuosas contra la astucia de ese malvado.

Can. El se ha denunciado á sí mismo.

Griti asombrado.

¿Quién?

Canari saca un papel de su bolsillo.

Esta mañana se ha encontrado este papel fijado á la puerta principal de vuestro palacio.

Grit. ¿Qué contiene?

Can. Una nueva sátira contra nuestra policía. (*Lee.*) "Venecianos, no perdais tiempo en »querer ganar la recompensa que el Dux »y el senado han prometido al que me »descubra. Yo me denuncio á mí mismo »declarando que Abelino ha sido el mata»dor de Dandoli, y prometo tambien re»compensar como rey al que se atreva á »prenderle. = Abelino."

Griti con furor.

Quién puede ser este malvado temerario que se atreve á insultar así á nuestra vigilancia, y atropella de este modo nuestras leyes, sin temer la venganza del cielo, ni la instabilidad de esta cruel fortuna, que tan largo tiempo le oculta á nuestros desvelos? ¿Quién puede ser el monstruo que tan impunemente anega familias enteras en llanto y desesperacion; y que semejante á un azote devastador, infunde el terror en el alma de los ciudadanos, y tiende una gasa fúnebre sobre toda la república? Yo no lo puedo concebir.

Can. Es preciso que tenga á su disposicion todos los emisarios de los infiernos.

Grit. Yo me acuerdo que en los primeros años de mi juventud, un cuerpo de bandidos reunidos, armados y conducidos por gefes inteligentes, infestaba las provincias de Italia. Se envió contra ellos una parte de nuestro ejército del continente, y en poco tiempo fueron vencidos, dispersos y derrotados. Pero qué poder basta contra este enemigo invisible, que no se le encuentra jamas, sino en donde menos se sospecha?

Can. Esso es precisamente lo que mas me inquieta y me atormenta. Léjos de mí el deshonroso temor de caer yo mismo víctima de su iniquidad. -- He corrido con honor mi carrera septuagenaria, y puede, si quiere quitarme ya los pocos dias que me quedan de vida: yo moriré con gloria, si he vivido útil á mi pais. - ¡Pero la vida de mi pobre Flodoardo! ¡Ah! este jóven temerario quiere absolutamente descubrir al monstruo, y librar de él á la república. Todos mis esfuerzos, todas mis instancias para desviarle de una empresa tan peligrosa, han sido inútiles; persiste en su designio: todo lo que mis lágrimas han podido obtener de él, es una promesa de diferir la ejecucion de su proyecto hasta el momento en que seamos instruidos del resultado de las nuevas diligencias que la policía está encargada de hacer.

Griti inquieto.

No: por todo el oro del mundo: que no piense en tal empresa. Decid á Flodoardo que yo daré la mitad de mis tesoros á quien me entregue ese gefe de bandidos; pero que le prohibo el esponerse él mismo, bajo la pena de incurrir en desgracia mia.

Can. Y qué serviria que yo le dijese:::

Grit. ¡Pues bien! enviádmele. Yo se lo diré; yo le suplicaré; yo mandaré, si es necesario.

Canari apretando la mano al Dux.

Cuán dulce y consolador es el lenguage de un amigo! Sí señor: yo os le enviaré. Vos teneis sin duda sobre su corazon mas imperio que yo -- ¡y no obstante, le amo tan tiernamente! Sí, os le enviaré. -- El no sabe todavia cuánto le queremos: y los servicios que la república puede esperar de su mano. *Quiere irse.*

Grit. Yo os acompaño. El marques Grimaldi ha recibido cartas de Florencia que quiere comunicarme; y es preciso oirle aunque no me siento en disposicion de tratar asuntos de estado.

Can. ¿Quedamos en que Flodoardo tendrá el mando del navío de guerra que se está armando?

Grit. Contad con ello. -- El gran consejo no ha hecho oposicion á mi propuesta, y no tardará en despacharse la patente. *Vase.*

Aparece Iduela á lo léjos con un canastillo en la mano.

ESCENA III.

Rosemunda que sale con una guitarra en la mano. A lo léjos se ve á Iduela cogiendo flores en un canastillo.

Rosemunda mirando á Iduela.

Allí está Iduela: voy á hacerla rabiar un poco. *Se sienta, y canta á la guitarra la siguiente*

LETRILLA.

Cop. I.ª Amor alado, dios poderoso,
A mis suspiros volando ven,
Y pues que reinas, ven presuroso,
Y en Rosemunda reina tambien.
La dicha en vano, busqué afanosa
Cuando tus gracias, desconocí:
Te ví, triunfaste, y á tí gustosa,
Todas mis armas luego rendí.

II.ª El dulce peso, de tus cadenas,
Pronta me tienes á soportar.
¡Ah! si la vida, nos causa penas,
¿Qué las pudiera, sin tí aliviar?
Grato recibe, mi fe sincera,
A mis plegarias, digna acceder:
Sea mi dicha tu obra primera,
Y el primer paso de tu poder.

III.ª Todo respira con tu presencia,
Todo revive con tu calor:
La primavera, á tu influencia
Debe sus flores, y su verdor.
Haz que mantenga pura mi amante
La fe que tierno me prometió;
Y ante tus aras, fiel y constante,
Ciega obediencia te juro yo.

Rosem. Aquí es donde deberia estar, porque aquí veo mas violetas que en ninguna parte. ¡La buena Iduela! ¡cuánto trabajo le cuesta llenar el canastillo! - Bien merecido lo tiene. ¡Pobre Flodoardo! Apostaria á que no ha cerrado los ojos en toda la noche. - ¿Pero; quién sabe? Acaso los hombres no conocen el tormento de la ausencia. *Iduela hace un movimiento: mira al rededor, y viene.* Parece que me busca. -- ¡Cómo he dejado de cantar! -- Y qué contenta se habrá puesto con oirme mi cancion favorita: á ella le incomoda porque se habla de amor. -- Mejor, así me las pagará todas juntas. -- Ahora la voy á mortificar otro poco.

Iduela que llega con las flores.

Tu voz suena deliciosamente en los bosquecitos de este jardin.

Rosemunda sonriendo.

He celebrado el amor, mi querida Iduela.- ¿No te ha enfadado un poco? Confiésalo.

Iduel. Por el contrario: tu cántico ha aliviado mi trabajo.

Rosem. Lo siento: no era esa mi intencion: antes te queria hacer rabiar un poco.

Iduel. ¿Hacerme rabiar? ¿por qué?

Rosemunda cortada.

Por qué... por que ayer... el pobre Flodoardo. -- ¡Ah! ¡qué preciosas florecitas! Pero todavia no has desempeñado toda tu comision. ¿Sabes á quién van destinadas esas violetas?

Iduel. Creo que á tu tio.

Rosem. Pues no lo has acertado. A Flodoardo, á Flodoardo. *Iduela menea la cabeza como desaprobando.* Dí lo que quieras: mi resolucion está hecha.

Iduel. Pues ahora puedes llevárselas tú misma, porque justamente está en el palacio.

Rosemunda vivamente.

¡Cómo! ¿Está en el palacio, dices? *Quiere salir.* Espera, voy á decirle... *Vuelve.* Pero no: esto no pareceria bien. Vé tú, mi querida Iduela, vé á llevar estas violetas á Flodoardo, y dile estas dos palabras: amistad y felicidad.

Iduel. El las recibirá con mas gusto de tu mano: vé á dárselas tú misma.

Rosem. ¿Yo? No, tú no hablas formal. Yo no podria dejar de sonrojarme.

Iduel. Ni yo tampoco.

Rosem. ¿Tú? ¿por qué? Te ha pedido á tí tambien violetas, diciéndote que son el símbolo de la amistad y de la felicidad; y tú las has hecho pedazos?

Iduel. ¿Pues qué, has hecho tú esto?

Rosem. Sí que lo he hecho: pero tú tienes la culpa. Me habias dicho mil veces que evitase el verme con él á solas: él se llegó á mí cuando era ya muy tarde: yo no me pude ir, ó por mejor decir, yo misma le busqué; primero hablamos del buen tiempo;

despues del odioso Abelino: luego de otras mil cosas, y por último de la belleza de las violetas -- de la amistad, y de la felicidad que con ella se goza.

Iduel. ¡Conversacion verdaderamente instructiva!

Rosem. Entonces me suplicó que le diese una violeta que yo tenia en la mano. ¡Ah! yo le entendia bien. No era precisamente la pobre flor lo que él pedia, porque no hay otra cosa de sobra en todas partes; sino (*pone la mano sobre el corazon, y con una sonrisa*) amistad y felicidad.

Iduel. ¿Y cómo le respondiste?

Rosem. ¡Oh! muy mal. Yo no sabia al pronto que decirle: mi corazon palpitaba con violencia, todos mis miembros temblaban, y no obstante, yo no le temia. El estaba allí delante de mí, tan dulce, tan sumiso... Solamente de tiempo en tiempo volvia hácia mí sus ojos negros, y me miraba con una sensibilidad! ¡con una espresion!... Mira, yo no sé que hubiera hecho... (*triste*) pero me acordé de tus discursos, y aquel deseo, aquella palpitacion de corazon, aquel placer, y aquella confianza desaparecieron como un sueño. Despedacé la pobre violeta, y dije no sé que cosa que le debió desagradar mucho.

Iduel. ¿Y ahora qué quieres hacer?

Rosem. La paz, la paz. Se lo he contado todo á mi tio, y le he preguntado si me era permitido amar solamente un poco al pobre Flodoardo. ¿Sabes lo que me respondió?

Iduel. Deseo saberlo.

Rosem. Nada, pero se sonrió, y me hizo una seña tan agradable con la cabeza, que no la puedo interpretar de otro modo que como una señal de consentimiento... Despues resolví hacer inmediatamente la paz con Flodoardo, á quien por tí he tratado con tanta dureza. Tú le llevarás en castigo no solo una violeta, sino ese canastillo lleno, y le dirás: amistad y felicidad. ¿Quieres, mi querida Iduela?

Iduela pensativa, y en tono serio.

¡Rosemunda! ¡Rosemunda!

Rosemunda la abraza.

¡Áh mi querida Iduela! ¿Sí que querrás; sí?

Iduela soriendo.

¡Cuidado Rosemunda! Vuestras palabras, vuestras acciones tienen entre vosotros una significacion mas estensa de lo que creeis. Sin duda la felicidad se encuentra muchas veces con la amistad; pero las pesadumbres y el dolor acompañan casi siempre al amor.

Rosemunda la toma de la mano.

Vamos, ven, ven. ¡Nada de amor. Dios me guarde! Solo amistad y felicidad; felicidad y amistad. *Vanse.*

ESCENA V.

Andres Griti, el marques Grimaldi.

Grit. No, señor marques: yo soy muy firme en mis opiniones para pensar en que mude tan pronto de ellas.

Grim. Luego lo mejor que yo puedo hacer es guardar silencio.

Grit. No señor: antes quiero que os expliqueis: me es muy agradable oir hablar de mis amigos, y en especial de Flodoardo, por mas que su nacimiento y su conducta sean para mí un enigma.

Grim. ¿Con que ya convenis en que su nacimiento es un poco enigmático?

Grit. Cierto; pero qué tiene que ver su nacimiento con el mérito que le asiste, y los servicios que nos ha hecho? ¡Ojalá pudiese decir otro tanto de la mitad de los jóvenes nobles de Venecia! ¡Es cosa á la verdad cruel verme obligado en mi edad á mirar acá bajo la virtud como un enigma!

Grim. Sin duda lo es.

Grit. La persona por quien me ha sido recomendado Flodoardo, es un hombre de honor, cuyos labios jamas se mancharon con la mentira, y cuya boca es el órgano de la verdad: un hombre en fin, á quien pocos ciudadanos pueden ser comparados en toda la república: tal es Canari. Ahora proseguid, pero ya veis cuan inútil seria querer destruir con noticias forjadas acaso, la buena opinion que medio siglo me ha dado de él.

Grim. Cierto: yo no habria tenido el pensamiento de informarme del orígen de este Flodoardo, si mi afecto sin límites á vuestra persona, no me hubiese impuesto este deber. Por otra parte, la circunstancia de mi caracter público como enviado de la corte de Florencia, tratarse de un sugeto que se dice de una familia noble de aquella

capital, y poder influir su favor en la causa pública, me obliga á manifestar lo que sé, y aun creo que cometeria un crímen en callar.

Grit. Hablad pues. Consiento en escucharos con paciencia. -- Pero repito. Canari no me ha engañado.

Grim. Lo creeré así; pero, convengamos francamente en que la esperiencia mas consumada no es capaz de penetrar en los dobleces del corazon humano, y que todos los dias se ven cometer nuevos crímenes bajo la máscara de la amistad.

Grit. Está bien; pero vamos al hecho.

Grim. A todos nos importa el conocer las personas de que estamos rodeados. Flodoardo se presentó delante de vos como un estrangero, y en consideracion á Canari le disteis una benigna acogida, y le tratasteis con amistad. El se llamó nacido de la antigua familia de los Flodoardos de Florencia y esta confesion hecha con tanto candor como astucia, pareció tan verosimil, que vuestro ilustre amigo se imaginó haber conocido él mismo á su padre. Pero nada es mas falso. Flodoardo, señor, os ha engañado lo mismo que á su bienhechor Canari.

Griti cortado.

Seria una grande inquietud.

Grim. Me direis que en dónde tengo las pruebas; y debo responder, que movida mi curiosidad por el favor que tan pronto logró este jóven, no pudiendo venir en conocimiento de él, aunque por mi memoria repasaba las personas que conocia de esta familia, y las relaciones y enlaces que podian tener; resolví pedir noticias individuales; y despues de varias contestaciones, señas, observaciones, &c. tuve de la misma familia de los Flodoardos esta respuesta (*saca unos papeles*), en que vereis que es absolutamente desconocido este sugeto. Vedla. *Se los entrega al Dux.*

Griti pasa la vista por ellos ligeramente. No sé lo que me pasa. -- Qué quiere decir esto? *Todo aparte.*

Grim. ¿Ahora pues, aunque ese pretendido Flodoardo fuese en efecto el hombre mas valiente de la tierra, ¿no será mas importante conocer á los que rodean á la persona sagrada del gefe de la república, y saber si prodiga sus favores á ciudadanos dignos de estimacion, ó á miserables aventureros?

Griti inquieto.

Os entiendo,

Grim. La facilidad de dejarse sorprender por el primero que llega, á quien la naturaleza haya dotado ó de una fisonomía feliz y halagüeña, ó de una meliflua elocuencia, ó del talento de lisonjear con destreza; esta facilidad, digo, puede ser mirada como la prueba de una alma cándida, y aun como una virtud en el simple ciudadano; pero en un soberano, rodeado de tantos enemigos secretos, y cercado sin cesar de lazos, llega á ser, perdonadme la espresion, no solo peligrosa, sino tambien :::

Grit. Es verdad. No os falta razon; pero yo no comprehendo por qué me han de haber engañado tan groseramente. *Se pasea agitado y pensativo.*

Grim. Además: ¿quién es este Flodoardo? ¿á qué tantos esfuerzos para ganar la confianza del Dux? ¿á qué tomar el nombre de una familia respetable? ¿No es confesar su propia nulidad el querer brillar con una pompa que no le pertenece? - Pero todas estas reflecsiones no son mas que conjeturas; no pretendo calumniar la inocencia.

Grit. Lo creo así.

Grim. Y á un hombre como á este es á quien quereis confiar el mando de uno de los mejores navíos de la república?

Grit. Teneis razon: le he dado mi confianza con demasiada facilidad acaso; pero esta confianza es el efecto de una conviccion interior. No solo un navío de guerra, sino mi propia persona la confiaria sin temor á Flodoardo; porque le conozco, un hombre como él no es capaz de engañarme.

Grim. Es juzgar muy favorablemente de nuestra especie.

Grit. Convengo en la justificacion de vuestros raciocinios: pero persisto en creer en la virtud de Flodoardo. - Si antes de hacer un amigo fuese necesario escudriñar su alma, pesar sus palabras, espiar sus acciones, y oponer vanos razonamientos, y una fria desconfianza á la simpatía que une las buenas almas, bien pronto señor marques se acabaria la amistad en la tierra.

Grim. Podria muy bien suceder.

Grit. Es mas digno de un corazon noble y

grande ser diez veces la víctima de su confianza, que dudar una sola vez de la virtud de su semejante.

Grim. ¿ Muy cierto: pero cuando el Príncipe es engañado diez veces, su pais, sus subditos no estan espuestos á ser diez veces víctimas de la confianza ciega de su soberano? *Friamente.* Pero cortemos esta conversacion. Yo solo he querido, señor, daros parte de mis observaciones sobre Flodoardo, y de la opinion del pueblo acerca de su conducta.

Grit. ¿ Ós doy gracias por vuestros cuidados: pero, para qué mezclais aquí el pueblo?

Grim. Bien sabeis, señor, lo inclinado que es á pesar las acciones, y á examinar la conducta de sus superiores. Se pregunta; quién es Flodoardo? ¿ Por qué continua tanto en el palacio del Dux? ¿ por qué tanto anhelo por lograr toda la confianza del gefe del estado?

Grit. ¿ Y la respuesta?

Grim. Pues me lo permitis, la diré con la misma franqueza. Flodoardo, responden, no ama al Dux, ni á la república; sino solo á la hermosa Rosemunda de Corfú.

Grit. La observacion es tan maligna como temeraria.

Grim. ¿ Y si, no obstante, fuese justa, ó pudiese serlo?

Grit. ¿Y bien? ¿ Qué sacaríamos de aquí? -- Yo no podria hacerle un crímen de este amor.

Grim. No, sin duda; pero aun hay mas. Ya corren diferentes anécdotas sobre los amores de Flodoardo. ¡Acostumbrado á encontrar poca resistencia en las mugeres, é irritado acaso de muchos desaires formales que ha recibido de vuestra virtuosa sobrina, dicen que formó el proyecto de vengarse de ella: y aun pretenden que ajustó á este efecto el mas feroz y determinado de vuestros bandidos, con órden de sorprehenderla en el jardin de Dolabela, y de arrancarla por fuerza lo que habia negado á sus urgentes instancias.

Grit. ¡ Escecrable mentira !

Grim. Sea: pero es constante que desde esta época la amable Rosemunda es el objeto de la maledicencia pública, y el asunto de la conversacion de los ociosos. Ya solo se la llama la novia del gran bandido.

Grit. Basta, señor marques. No quiero oir mas. Os doy sin embargo gracias por las noticias que me habeis comunicado : y en cuanto á estos papeles, os suplico que me los dejeis por algunos dias para hacer de ellos el uso que ecsige el bien público.

Grim. Cualquiera que sea el resultado de este examen, solo me queda que suplicaros que hagais de modo que mi persona y mi nombre no se mezclen en él para nada. *Se ve en el fondo del teatro á Canari que se pasea.*

Griti lo advierte.

¿No es Canari el que se pasea por allí? El viene hácia nosotros: mejor: así no tardaremos en ver claro este negocio.

Grimaldi con una reverencia.

Tengo razones, señor, para no ser testigo de esta discusion. Por lo demas, esos papeles mas que mis propias observaciones, deben conduciros al descubrimiento de la verdad. *Le saluda profundamente.* Estoy á las órdenes de vuestra Señoria. *Vase.*

ESCENA VI.

Andres Griti solo.

¡Qué hombre tan insoportable!-Yo temo su presencia, porque nunca ha sido para mí sino presagio de alguna desgracia. - Pero lo que particularmente me aflige es el verme obligado á convenir que sus raciocinios son justos, y que me es imposible refutarlos. - ¡Flodoardo! ¡Flodoardo! nos habrás engañado? ¿ Esa frente serena, ese aire de candor y de ingenuidad que adornan tu rostro: esas miradas tiernas y penetrantes habrán podido seducir mi corazon? ¿habrán preocupado á mi amigo y tu bienhechor? ¡Oh! si fuese así, adios dulces placeres, dulce abandono de la amistad. Mi corazon en adelante, envuelto en una sombría desconfianza, no os conocerá mas.

ESCENA VII.

Griti, Canari.

Grit. Llegais muy oportunamente, mi querido Canari. Iba á haceros llamar.

Can. Los diputados de todos los departamentos de la república se han reunido en el salon de la audiencia para manifestaros su sentimiento por la muerte del desgraciado Dandoli.

Grit. No estoy para recibirlos, y menos todavia para oir vanos cumplimientos de dolor. Ocupad por esta vez mi lugar; pero antes de todo quiero que me escuches un momento; y esto lo solicito como amigo, y lo pido como Dux.

Can. Obedezco.

Grit. Tened un poco de paciencia: necesito recoger mis ideas.

Can. ¡ Estais inmutado, Señor!

Grit. Pronto juzgareis si tengo razon para estarlo.

Can. ¿No puedo saber yo la causa de esta agitacion?

Grit. Sí: la sabreis. Lo sabreis todo, todo.

Can. ¡ Señor!

Griti se arrima á Canari.

Canari! *Le mira con atencion como observando sus sentimientos.* ¡Canari! Nosotros fuimos otro tiempo amigos.

Can. Lo fuimos y lo somos: nada por mi mas apreciable, ni mas sagrado que esta amistad.

Grit. ¿ Y es eso verdad, Canari?

Can. Es preciso que haya pasado aquí alguna cosa estraordinaria, para que tengais ahora una duda semejante. Es la primera de esta naturaleza que oigo salir de vuestra boca.

Grit. Sí, ha sucedido aquí un acontecimiento muy singular.

Canari, siempre tranquilo.

¿ Puedo saberle? -- Me toca en algo?

Grit. En mucho: á vos, á mí y á nuestro jóven protegido.

Can. A Flodoardo?

Grit. Decidme: ¿quién es este Flodoardo?

Canari maravillado.

Perdonad, yo no os esperaba esta pregunta.

Grit. Pero yo espero una respuesta. -- ¿ Quién es este Flodoardo?

Can. Esta pregunta es tan vaga, que me es dificil responder á ella. Vos, señor, conoceis lo mismo que yo su esterior, y las cualidades de su alma. El no es ni mas ni menos que lo que parece ser; mi amigo, y vuestro protegido.

Griti, en un tono sospechoso.

Vuestras respuestas son tan equívocas, tan enigmáticas que, á la verdad:::: Mi querido, mi amigo Canari, nos importa mucho á los dos el conocer mas á fondo á Flodoardo. Decidme, por nuestra antigua amistad, ¿le conoceis bien?

Canari con firmeza.

Cuanto es posible conocer á un hombre, fuera de algunas particularidades del caracter.

Grit. No se trata aquí de su caracter, sino de su nacimiento, de su origen. Repito: yo debo y quiero conocerle: es necesario absolutamente que sepa de que seres estoy rodeado, y á que hombres he dado mi confianza. Los venecianos tendrian razon para indignarse contra su Dux si prodigase por mas tiempo sus favores y su amistad á un desconocido, ó acaso á algun caballero andante; si por una injusta predileccion le elevase á las primeras dignidades de la república, y continuase prefiriendo un estrangero á los hijos del Estado.

Can. Flodoardo no es un estrangero, señor. El ha nacido en el territorio de la república; y si no me engaño, dentro de los muros de Venecia.

Grit. ¿ Qué es lo que me habeis dicho de su familia?

Can. He dicho que es una de las mas antiguas y mas distinguidas de Italia; que sus ascendientes, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, contaban ya en su descendencia héroes y hombres ilustres, cuando los Griti, los Canari y los Dandoli estaban todavia confundidos en el tropel de los simples ciudadanos; y aun tengo motivos para creer que los renuevos de esta familia ocuparán todavia la fama con acciones heróicas, cuando acaso costará trabajo adivinar el lugar en que reposaron nuestros huesos.

Grit. ¿ Lo creeis así? -- ¿Y no sabeis mas? -- ¿ Se llama en efecto Flodoardo? *Canari queda cortado sin responder.* Responded.

Can. Lo creo así, no sé mas: se lla-

ma Flodoardo.

Grit. ¡Oh, es cosa cruel! nos ha engañado indignamente á los dos; porque, Canari, sospechar de vos la mas simple ficcion, seria hacer un crimen contra la amistad; y el cielo me guarde hasta de imaginarlo. *Saca los papeles que les dió Grimaldi.* La familia de los Flodoardos, no solo niega á vuestro Flodoardo, sino que aun le desconoce. Ahora pues, ¿quién puede ser el hombre con quien hemos vivido en una amistad tan peligrosa? - ¡Eh Canari! es vergonzoso en nuestra edad, y cuando la esperiencia de un medio siglo deberia haberlos hecho prudentes, el ser así las víctimas de la astucia de un jóven aventurero. *Le alarga los papeles.*

Canari se vuelve para ocultar su turbacion.

¡Dios mio! ¿qué hacer?

Griti le insta.

Tomad pues estos papeles. Pero qué veo? ¿A qué viene esa turbacion? Habeis mudado el color.

Canari turbado.

¡Señor! . . . . *Toma los papeles.*

Grit. Yo os creo. -- Esa turbacion. . . No estoy yo menos maravillado, menos, indignado que vos. Leed, leed.

Canari recorre con la vista los papeles temblando.

Os suplico que me dispenseis. . . .

Grit. Calmaos: No nos queda mas que un partido que tomar, y es el de reunir nuestros esfuerzos para descubrir la verdad. Que Flodoardo sea desde este momento lo que quiera, no por eso es menos cierto que es una bajeza el habernos engañado. Yo estoy verdaderamente irritado contra él.

Canari acalorado.

No señor, no. El no nos ha engañado á los dos. El misterio, lo veo, está descubierto; pero Flodoardo no merece vuestro odio.

Griti admirado.

¡Qué oigo! ¿Qué quiere decir esto? Luego sabeis?. . . .

Can. Sí señor: lo sé todo, pero es un secreto confiado solamente á mí, y que he jurado tener sepultado en mi alma. Es verdad que Flodoardo no tiene conexion alguna con la familia de Florencia; pero no es un aventurero ni un vagamundo.

Griti ofendido.

Con que vos tambien, Canari, habeis abusado de mi confianza?

Can. He aquí señor, la primera reconvencion, la primera palabra dura que me habeis dirigido despues de cincuenta años de trato. -- Mucho me cuesta el oirla; pero lo sufro, porque se trata de Flodoardo.

Grit. ¿Y en quién me confiaré en adelante? -- Vedme aquí en el seno de mi casa, en medio de mi familia, tan estrangero como si la tempestad me hubiese arrojado á una roca salvage de la Africa. -- ¡Canari! he tenido jamas un secreto para vos? No estuvo siempre abierto mi corazon á vuestra vista, como lo estan las cartas que teneis en la mano? ¡Canari! ¿Por qué hacer una traicion como esta á mi amistad?

Canari enternecido.

Eso es demasiado, señor. Lo sabreis todo; no de mí, sino de él mismo. Yo no tengo derecho para publicar secretos que no son mios. -- El se justificará á sí mismo, y entonces vereis que el viejo Canari no ha hecho jamas traicion á la verdad ni á la amistad. *Quiere irse.*

Griti le detiene.

Mi querido Canari! Se me ha ido una palabra que parece haberos ofendido!-- Perdonadla á mi vivacidad, y quedemos tan amigos como antes.

Can. Sí; pero el viejo Canari no sabe engañar. Nosotros hemos combatido juntos, y participado juntos de los placeres y penas de la vida. Mirad esta frente calva: á vos iba destinado este golpe, cuya cicatriz llevo con orgullo, por vos le recibí, y es imposible que sea un traidor el que espone su vida por salvar la de su amigo.

Griti enternecido.

¡Canari! *Le toma la mano.*

Canari, enternecido igualmente.

¡Griti!

Griti se arroja á su cuello.

Quedemos amigos.

Can. Se abrazan. Sí, amigos. *Se separa.* Hace una hora que Flodoardo estaba todavia en palacio. Voy corriendo á buscarle. El se sabrá justificar.

Grit. Tanto mejor.

Can. Voy á traerle. *Sale precipitadamente.*

ESCENA VIII.

Griti solo, siguiendo con la vista á Canari.

Hombre singular! no se ha enardecido por este Flodoardo como si fuese su hijo! Tal fue en los años de su juventud, y tal es todavia, despues de setenta inviernos, vivo, ardiente, impetuoso; pero tambien bueno, confiado, generoso, y dispuesto siempre á juzgar favorablemente del corazon humano. *Paséase tristemente.* Dandoli! Dandoli! Era preciso perderte cuando tu prudencia se me habia hecho tan necesaria? Ah! ¿Quién podrá reparar esta pérdida, y curar la herida que ha hecho en mi corazon?

ESCENA IX.

Griti, Abelino.

Abelino, saliendo de un bosquecillo.

Yo, si tú quieres.

Griti retrocede asustado.

¿Quién eres tú?

Abel. El asesino de tu amigo Dandoli. Por lo demas, uno de los servidores mas zelosos de la república.

Griti sumamente turbado.

Tú! -- hombre ó demonio. -- ¿Cómo has venido aquí?

Abel. ¿Cómo? Del modo mas simple y mas natural. He alquilado todas las góndolas de Venecia, ganado todas las centinelas de tu palacio, corrompido todos los esbirros y todos los espias de tu policía. Mira si puede ser cosa mas sencilla.

Griti con valor.

¿Y qué quieres aquí, monstruo?

Abel. Manifestarme á tus ojos. Me han dicho que hiciste un dia en la mesa mi elogio, esclamando: ,, ¡Qué lástima que ,, Abelino no esté á la cabeza de un ejér- ,, cito! Quisiera conocerle, y verle ,, una sola vez.'' -- Vengo á cumplir tus deseos.

Griti estremeciéndose.

Eres un hombre terrible. . . . cruel.

Abel. Terrible: sí, lo soy, y mi orgullo se lisonjea de oir esta confesion de boca de un Dux de Venecia. -- Soy cruel, dices: sin duda mi esterior corresponde al oficio que profeso; pero, tengo yo la culpa de que no corresponda á la elevacion y á la grandeza de mi alma? De cualquier modo, Dux, nosotros somos acaso los dos mas grandes hombres de Venecia; tú en tu clase, y yo en la mia.

Griti con desprecio.

¡Miserable!

Abel. ¿Por qué esa sonrisa desdeñosa, y ese tono despreciativo? Crees que un Bandido como Abelino sea inferior al Dux? ¿Tú te envuelves en un manto de seda, y yo en un vestido grosero, he ahí la diferencia; pero dime: la púrpura hizo jamas un hombre grande de un cobarde, y la jerga que me cubre puede hacer de un hombre grande un sér despreciable? Ademas, á cualquiera le es permitido compararse con quien se atreve á medir. *Griti hace ademan de irse. Abelino le detiene.* Espérate todavia un momento. La casualidad no reunirá quizá jamas en un espacio tan pequeño dos hombres de nuestro temple.

Griti con dignidad.

Escucha Abelino. El cielo te ha dotado de grandes talentos; pero el uso que has hecho hasta aquí de ellos es horrible. No importa: te anuncio, y te prometo á fe de Dux un indulto pleno y completo por todo lo que ha pasado si me nombras el que te ha encargado la muerte de Dandoli; y si despues de esta confesion consientes en salir del territorio de Venecia.

Abelino riendo.

¡Ah! ah! tú me anuncias un indulto, un

perdon! ¿Tú á mí? ¿Pero Dux, estoy yo aquí en tu poder, ó tú en el mio? Mas, supongamos que en vez de ser el mas fuerte, fuese yo aquí el mas debil; ¿crees que me someteria á tu juicio? Te engañas. -- Dia llegará en que sepas el que ha comprado la cabeza de Dandoli. -- Hasta tanto, ¿por qué he de salir de los estados de Venecia? Crees acaso que te temo ni á tí, ni á la república? ¡Ah! Tú y la república temeis á Abelino.

Grit. ¡Malvado! piensas que al cabo no se ha de cansar la paciencia del cielo, y que no te ha de alcanzar su venganza? Tu hora quizá no está muy lejos.

Abel. Nada de eso ignoro, antes si quieres moralizar un poco, yo te daré materia abundante que tú no conoces. Vosotros los grandes, siempre rodeados de unos mismos semblantes, siempre testigos de unas mismas acciones, no veis nada fuera de las paredes de vuestros palacios, y del círculo de ociosos de que estais sitiados, y que, semejantes á autómatas gobernados por un mismo alambre, mantienen vuestra ignorancia con la triste uniformidad de sus movimientos. -- Dux, ven conmigo un dia á dar un paseo á un sitio solitario y tenebroso, y allí sabrás cosas.. verás....

Griti, interrumpiéndole vivamente.

Allí y en todas partes no veré en tí mas que un monstruo abominable.-- Pero Abelino, es lástima que quieras singularizarte solo por acciones monstruosas. Tú habrias podido ser un hombre grande.

Abel. No mas grande de lo que soy.-- Crees que me avergüenzo del papel que hago? Escucha Dux. Cuando hayan pasado siglos sobre nuestros huesos petrificados, cuando el mar haya abandonado estas playas, cuando el arado del labrador haya removido la tierra de la plaza en que existen hoy estos palacios suntuosos; entonces, si algun escritor ha recogido la historia de Venecia, si es que esta historia se ha librado de la voracidad de los tiempos, no se encontrarán en ella acaso mas que dos nombres, el tuyo. . . . y el mio. . .

Grit. Vecindad bien poco apetecible para mí! -- Vuelvo á decirte Abelino... Sal del territorio de la república.

Abel. No lo haria aunque me ofrecieses los estados de Venecia. -- Tú no sabes Dux. -- Tú no creerias -- pero, ¿qué te importan los deseos de mi corazon?-- Yo cumpliré tu voluntad, bajo una condicion sola.

Grit. Cuál es? Quieres diez mil piezas de oro?

Abel. Yo te daria otras tantas si pudiese creer que tenias necesidad de ellas.-- No: escucha. Dame tu sobrina Rosemunda, la hija de Guiscard de Corfú por esposa, y á este solo precio me voy para siempre de Venecia.

Griti, irritado ó con desprecio.

¡Insolente!

Abel. ¿No quieres?

Grit. Retírate, ó llamo gente, aunque sepa que me vas á dar puñaladas.

Abel. Sosiégate. Tus voces de nada servirian, porque estás rodeado de gentes mias. Me tienes por tan imprudente, que me presentase aquí sin defensa? Abelino está defendido por una guardia tan numerosa como la del primer príncipe de Italia. -- Con que no quieres darme Rosemunda?

Griti le vuelve la espalda.

El cadalso, miserable!

Abel. Pues bien; acuérdate de las palabras que vas á oir. No gustaré mas ni del reposo de la noche, ni de los placeres del dia, hasta que sea mia Rosemunda. Yo no quiero robártela con astucias, ni arrancártela con violencia. Tú mismo, tú vendrás á ofrecérmela con las lágrimas en los ojos: tú mismo me elegirás por yerno, tú mismo me conducirás con ella á la habitacion en donde se haya puesto la cama nupcial. -- Tú lo harás Griti, tan cierto como que yo existo, y que el sol nos alumbra.

Grit. ¡Insensato! Seria preciso que la naturaleza obrase algun prodigio, ó que la vejez me restituyese á los años de mi infancia. Por sola y última vez, Abelino. Desgraciado de tí si algun dia pa-

reces delante de mi tribunal!

Abel. Eso no tiene significacion alguna para mí.

Griti con arrogancia.

¡Abelino! aprovéchate de mis avisos, pues tienes todavia tiempo. Pide, exige, aunque cueste un millon á la república, todavia ganará en verse libre de tí.

Abelino en el mismo tono.

¡Dux! reflexiona. -- Dos amigos te quedan en el mundo, Canari y Flodoardo. Dentro de veinte y cuatro horas son muertos ambos. -- Acuérdate de que Abelino te lo ha predicho.

Griti llama.

¡Ola! Ola! aquí.

Abel. Saca del cinto una pistola, la dispara al aire detras de la cabeza de Griti, y se oculta por entre la espesura del jardin, diciendo Adios.

Griti, vuelto de su primer susto, busca á Abelino.

¿En dónde está? ¿Qué se ha hecho? - Estoy fuera de mí -- ¡O Dios! ¡O Dios! Y tus rayos no aterran á semejantes malvados? -- Pero calmémonos, recobremos el ánimo: esto mudará, no se debe desesperar de nada: los ojos de la providencia estan abiertos todavia sobre nosotros. La virtud puede ser oprimida y perseguida, pero al fin triunfa, y su victoria es mas brillante.

ESCENA X.

Griti, Canari.

Canari sale corriendo y sin aliento.

Señor, he buscado en vano á Flodoardo en todo el palacio. Pero negocios de mas importancia : : :

Grit. Sí, de mas importancia. -- Dejemos así á Flodoardo: aunque él fuese el último ciudadano de Venecia, yo lo amaria.- El debe ser virtuoso, pues se encuentra en la lista de proscripcion de Abelino.-- Canari! Mi querido Canari! *Le toma tristemente de la mano.* Y vos tambien.

Can. Así todas mis sospechas se aclaran; todos los acontecimientos acaecidos en Venecia en estos últimos dias, se esplican por sí mismos. Escuchadme. Apenas puedo recoger mis ideas.

Grit. Nada quiero oir, mi querido Canari. Solo os suplico, os mando en nombre de la amistad, que no salgais de palacio sin una escolta suficiente. -- Debeis ser asesinado. -- Vuestra vida está ya pagada.

Can. Mi vida es poca cosa: mil veces la he espuesto, y la muerte la ha respetado.-- Hoy se trata de salvar la república. El estado se halla amenazado por todas partes.

Grit. ¡Cómo! Todavia mas traiciones, mas desastres.

Can. Flodoardo acaba de descubrir los vestigios de una conjuracion en que entra una gran parte de esta ciudad. En este momento se estan ocupando una porcion considerable de armas de toda especie, reunidas en tres casas, y prontas á ser distribuidas á los conjurados. Siete ciudadanos han sido presos, y recogidos y puestos sus papeles bajo la seguridad del sello. Esto es todo lo que sé hasta aquí.

Grit. Canari, valor! El cielo no nos abandonará. Hemos sufrido tantas tempestades sobre nuestra cabeza: hemos sostenido tantos asaltos; hecho frente á tantos reveses, que ya no nos queda acaso mas que vencer esta sola vez para asegurar la tranquilidad del estado.

Can. El gran Senado debe juntarse en este momento.

Grit. No tardemos en ir á él. No cesan de agitarme siniestros presentimientos. Estan ocultas cosas espantosas detras de la cortina de lo venidero. Pero, valor! repito: bajarémos á la arena, presentaremos la batalla á ese ejército de malvados, y triunfaremos de ellos, ó moriremos gloriosamente sobre las ruinas de nuestra patria. *Vánse.*

ACTO CUARTO.

El teatro representa la habitacion del Dux.

ESCENA I.

Griti duerme en un camapé. Rosemunda entra poco á poco con un canastillo de flores en la mano.

Rosemunda, andando de puntillas, y considerando á su tio.

¡Silencio! ¡Qué sueño tan dulce! - Ya se ve: ha estado trabajando toda la noche en su gabinete. -- Yo no quisiera ser Dux de Venecia. -- *Pone sus flores en una silla inmediata, y las examina.* ¡Pobres flores! ¡Qué marchitas se han puesto, y no ha nada que se cogieron! La buena Iduela se ha dado un trabajo bien inútil; y yo me he regocijado en vano. -- Flodoardo no ha venido, y no sabrá nada. ¡Oh! en tanto que duren estas turbulencias en Venecia, será dificil verle con sosiego. *Una pausa.* ¡Qué rabia por degollar de este modo! ¡Cuando es tan dulce el amarse! -- El pobre Canari! ¿Qué les habria hecho para quitarle la vida?

Griti se despierta, y con un tono tétrico.

¿Con quién hablas?

Rosemunda sonriéndose.

Conmigo misma para distraerme. *Le besa la mano.* Buenas tardes, tio mio.

Grit. ¿Qué hora es?

Rosem. Las dos.

Grit. ¿Y qué haces tú aquí?

Rosem. Nada. Tenia miedo de estar sola en mi cuarto. Me parecia á cada instante que estaba viendo entrar á Canari.

Grit. ¡Vete, vete de aquí, muger de un Bandido! Quiero estar solo. -- ¿Qué haces?

Rosemunda, mirándole con sorpresa.

Tio mio!. . . *Con lágrimas.* Tio mio!

Grit. Vete, te digo. *Rosemunda se va lentamente y llorando. Griti la llama.* Rosemunda! . . . Rosemunda. *Con voz mas dulce.* Vuelve. *Vuelve, y se queda en pie al lado del Dux.* Câlmate hija mia. Yo no estoy enojado contigo. Ven á mis brazos. *Se abrazan. Griti enternecido.* ¿Has llorado?

Rosemunda con una sonrisa, y limpiándose los ojos.

¡Oh! no es nada, no es nada, tio mio.

Griti tristemente.

¡Ah hija mia! pasaron nuestros hermosos dias!

Rosem. ¿Han pasado? ¡Ah! Yo creia que empezaban ahora. *Vase.*

Griti se levanta, y con una inquietud que va creciendo.

No, yo no lo puedo comprender: es preciso que este malvado tenga un pacto con todo el infierno. -- Sacarle estando durmiendo en medio de la noche! Esto es incomprensible. Pero él lo habia previsto. -- Ya me he quedado solo, aislado, abatido é inclinado hácia la tierra sin encontrar como ellos un abrigo contra las tempestades de la vida. *Derrama algunas lágrimas.* Adios mi querido Canari, adios mi solo, mi último amigo! *Levanta los ojos al cielo.* Algun dia nos reuniremos en un mundo mas feliz. -- Dandoli, Canari: llegará un dia en que vuestro viejo Griti se volverá á ver entre vosotros, y entonces nuestra reunion será eterna.

ESCENA II.

Griti, Flodoardo con un semblante tétrico.

Grit. ¡Flodoardo! qué? ¿respiras todavia?

Flod. Vengo, señor, de presenciar el interrogatorio hecho á los conspiradores que han sido presos esta noche. Todos persisten en asegurar que las armas y municiones encontradas en sus casas eran solo efectos destinados al comercio. Dos de ellos han sido aplicados á la cuestion, y el último, vencido por el dolor, ha prometido hacer declaraciones importantes.

Grit. Por mas violenta que sea la tempestad espero que no perecerá todavia el navio del estado.

Flod. Ciertamente: no perecerá.

Grit. Y cuando por fin haya descubierto y confundido á los gefes de esta conjuracion, aniquilado su proyecto, y salvado la re-

pública: ¿quién me volverá los dos amigos que he perdido, con quienes acostumbraba á comunicar todas las delicias de mi corazon? ¡ Ah Flodoardo! -- Yo estoy ya acá bajo como una vieja encina que los huracanes han despojado de sus mas hermosas ramas, y cuyas raices medio secas apenas pueden mantenerla.

Flod. ¡ Cuán dulce seria para mí, señor, ser un apoyo de esa encina respetable!

Grit. Guárdate tú amigo mio! Tiemblo por tu vida; sí por tu vida; porque al fin me veo forzado á creer en el poder grande de Abelino. Guárdate te digo. Esta noche es quizá el término que ha prescrito á tus dias. *Saca del bolsillo los papeles de Grimaldi.* Toma, toma esos papeles. Habia hecho á Canari muchas preguntas importantes sobre tu nombre y tu origen: él ha muerto, y á tí te toca responder. - Flodoardo! Tú no eres de Florencia, ni de la familia de los Flodoardos. -- Esta conducta encubre sin duda algun misterio; pero si te cuesta el confesarlo, te dispenso hasta del cuidado de justificarte. *Entrase en su gabinete.*

Flodoardo solo recorre los papeles.

¿Qué veo? Soy vendido: todo está descubierto. Pero, ¿qué importan las borrascas al que ha llegado al puerto? *Se echa con indiferencia en su silla.* Mi papel misterioso está á su fin. Un paso solo me queda que dar; pero de él depende todo el buen ó mal éxito de la empresa. Ya se divisa el instante en que debe desatarse el hilo de los terribles acontecimientos que tanto tiempo han amedrentado á esta ciudad; pero cualquiera que sea este desenlace, ya llena mis deseos, ó lleve hasta el colmo mis infortunios, siempre restituirá la paz á Venecia, aunque yo hubiese de sellarla con mi sangre.

ESCENA III.

Flodoardo, Parozi.

Parozi amistosamente.

¡ Amigo Flodoardo!

Flodoardo se levanta.

Seais bien venido, señor Parozi. ¿ Qué feliz casualidad os trae por acá? Hace mucho que no se ha tenido el gusto de veros en este palacio.

Parozi le abraza.

Indisposiciones, asuntos de familia, cosas caseras. -- todo esto le encadena á uno en su casa, aunque tuviese el mayor deseo de ver gentes.

Flod. ¿ Parece que estais de buen humor?

Par. No tiene nada de estraño: tengo el gusto de ver á un amigo á quien quiero, y la satisfaccion de estrecharle entre mis brazos; y de aquí nace el regocijo.

Flod. Creo que os chanceais; pues de otro modo, ¿ por qué evitais con tanto cuidado las ocasiones en que pudiéramos vernos?

Par. -- ¿ Yo? Me haceis una injuria. Antes bien vos os negasteis á asistir al banquete á que os convidé últimamente. -- Pero en verdad, nuestras quejas se parecen á las de los amantes que riñen esperando la dulzura de la paz. -- Venga esa mano Flodoardo. Que la nuestra sea eterna. *Le abraza.*

Flod. Me confundis ciertamente.

Par. Vamos; á un lado todo resentimiento, y amistad sin fin.

Flodoardo sonriendo.

Amistad sin fin! ¡ Cuántos juramentos de esta especie pronunciados la víspera con el vaso en la mano, han sido olvidados al dia siguiente!

Par. El caso no es aplicable. Creo que nosotros gozamos de todas las facultades de nuestros sentidos.

Flod. ¡ Y cuantos tratados concluidos en la mas sana paz, no han sido quebrantados al primer choque de una pasion impetuosa! Pero perdonad, y ved en esto lo que aprecio vuestra amistad cuando temo con tanta inquietud la desgracia de perderla. Por lo demas, dejemos esta conversacion, y decidme en que puedo seros útil.

Par. En nada, amigo mio, como no sea en obtenerme del Dux un momento de audiencia particular sobre un asunto que merece toda su atencion.

Flod. Con mucho gusto. Esperad un instante, que voy á decírselo. *Se entra en el gabinete de Griti.*

Parozi solo.

Vuelvo por fin á ver despues de tantos años este palacio en que pasaron tan rápidamen-

te los dias de mi infancia. Cada sitio, cada columna, cada cuadro colgado de estas paredes, hace servir en mi corazon una nueva sensacion, y me exita un nuevo recuerdo. -- ¡ Cuán feliz era yo, cuando ocupado en juegos inocentes, y mirado como hijo de la casa, disfrutaba la dicha inapreciable de jugetear con Rosemunda! -- Ah! si yo no hubiese tratado con gente perversa jamas me habrian desterrado de esta mansion deliciosa. Pero ya está hecho: vanos pesares no borrarán lo pasado. Es preciso esperar el fin de mi carrera, puesto que ya está empezada.

ESCENA IV.

Griti. Parozi.

Parozi, yendo hácia el Dux.

¡ Señor!

Griti en tono severo.

Dios os guarde Parozi? ¿ Qué casualidad os trae, despues de tanto tiempo, al palacio de San Marcos?

Par. No es señor una casualidad, sino el interés del bien público, y mi entero ofrecimiento á vuestra persona.

Griti con una risa amarga.

¡O Parozi! ¡qué poco conoceis los hombres! Sus mayores vicios, lo mismo que sus virtudes, tienen por lo comun un mismo origen. No es la santidad del juramento, sino la envidia, la que los ata á las leyes.

Par. Mi fidelidad, acaso, merece alguna excepcion. Mis acciones os convencerán de ello. -- Vamos á lo que importa. -- Nadie ignora que amenazan á la república los mayores peligros, de lo cual tenemos tristes pruebas: Dandoli y Canari, vuetros mayores amigos, y los senadores mas sacrificados al interés del Estado, acaban de ser asesinados. La seguridad pública es violada enmedio del dia: la vida del ciudadano distinguido por su riquesa ó sus servicios, es vendida á los puñales de los bandidos que nos tienen como sitiados dentro de nuestras propias paredes: para colmo de desgracias, una conjuracion horrible se trama en las tinieblas, y parece querer acabar la ruina del Estado.

Grit. Lo que decis es cruel; pero, ah! es demasiado cierto.

Par. Dicen que Flodoardo fue el primero que descubrió los vestigios de esta conspiracion; pero -- perdonad -- señor -- yo hablo aquí sin parcialidad, sin temor, sin esperanza, como hablaré un dia ante el tribunal del Todopoderoso; se dice tambien en Venecia que este mismo Flodoardo. . . . Mi franqueza os asombrará: -- vos no lo creereis; y ojalá que yo mismo pudiese dudarlo!

Griti atento.

Y bien, continuad: estoy dispuesto á oirlo todo.

Par. Se dice pues, que este mismo Flodoardo está á la frente de la conspiracion; que el descubrimiento de las armas y municiones en las casas de algunos ciudadanos, no es sino una astucia mas para atraer á otra parte los ojos del gobierno, y desviarlos de encima de sí mismo. *Saca un papel del bolsillo.*

Grit. ¿ Y qué? ¿ lo creeis así? ¿ y pensais hacérmelo creer á mí? Sabeis bien lo que se necesita para hacer valer una denunciacion de esta importancia?

Par. Acaso no mas que esta carta encontrada en la plaza de San Marcos. Ella no hay duda que está escrita de la mano de Flodoardo, y dirigida al capitan del arsenal, con orden de no emprender nada antes del momento convenido.

Griti toma la carta, y dice con ironía.

Y semejantes cartas se encuentran en Venecia en las plazas públicas? Los verdaderos conjurados, Parozi, obran con mas prudencia.

Par. Yo he cumplido, señor, con mi deber; y respondo si es necesario, de la verdad de lo que he dicho.

Grit. Basta.

Par. Yo no dudo de que Flodoardo, como tambien el capitan del arsenal.. ..

Griti le interrumpe.

Todo será examinado, y despues tomaré las providencias convenientes. *Le saluda para volverse á su gabinete.*

Par. Me tendria por muy feliz si hubiese acertado á seros útil. *Le saluda profundamente y se va.*

Grit. Sí: cada vez me convenzo mas de que Flodoardo es digno de mi amistad. Ah! si fuese malo, seria calumniado por malvados.

ESCENA V.

Griti, Flodoardo.

Grit. Mi querido Flodoardo: acabo de ver á uno de tus mayores amigos. El me ha dicho pocas palabras; pero de mucha importancia. Dime, conoces esta letra? *Le manifiesta la carta.*

Flodoardo tranquilo.

Se parece mucho á la mia.

Grit. Sí? *Se la da.* Pues toma, lee el contenido de esa carta, porque te interesa. *En tanto que Flodoardo lee, Griti le examina con la mayor atencion.*

Flodoardo lee, y se sonrie de cuando en cuando.

Es una verdadera obra maestra. *Le vuelve la carta.*

Grit. ¿Es esa tu opinion? -- Mira Flodoardo: yo no te conozco; pero el bueno, el valiente Canari me ha respondido de tí y de tu corazon; y ve aquí (*hace pedazos la carta*) como honro su memoria. Sé pues quien quieras, la denuncia está anulada.

Flodoardo muy conmovido.

Señor! -- ¡Padre mio!

Grit. ¡Hijo mio! *Le abraza.*

Flod. Canari, no dudo que os habrá dicho la verdad. Juro por el cielo que algun dia justificaré vuestra confianza, y la de mi bienhechor.

Grit. Lo creo, porque te amo -- y estoy satisfecho con tal que tú me quedes; con tal que no pierda en tí el último apoyo de mi triste vejez. Pero un genio estermimador se ha fijado bajo el nombre de Abelino en esta ciudad; y todos los que me son amados caen á los golpes de este monstruo invisible. -- Esto me hace temer tambien por tí; pero Flodoardo, no desmayemos. Dentro de un rato volveremos á hablar. Los negocios de estados exigen en este momento mi presencia en el consejo. -- Veo que se acerca Rosemunda: puedes entretanto conversar un rato con ella. *Vase.*

ESCENA VI.

Flodoardo, Rosemunda.

Rosemunda retrocede á la vista de Flodoardo.

¡Flodoardo!

Flodoardo tímido.

¡Señora! *Rosemunda se adelanta como cortada, jugando con el lazo de su cintura, ú otra cosa. Un gran silencio. El se acerca á ella lleno de temor, y bajando los ojos.* ¡Rosemunda!

Rosemunda temblando.

¡Flodoardo!

Flod. ¿Me habeis perdonado?

Rosem. Preciso es que un moribundo perdone para poder alcanzar él tambien su perdon. Dandoli y Canari han muerto: Iduela está anegada en lágrimas, y mi tio hace dias está poseido de una tristeza, de una melancolía::: ¡Ah! yo no puedo vivir. -- Y así, si os he ofendido perdonadme. *Flodoardo la mira con una tierna sonrisa. Rosemunda le alarga la mano.* Vaya, señor, olvidemos lo pasado.

Flodoardo con fuego.

¡Olvidarlo! no: jamas. -- Jamas olvidaré los momentos deliciosos que he pasado junto á vos. ¡Yo perdonaros! *Estrecha la mano de Rosemunda junto á su pecho.* ¡Ah! Quisiera el cielo que me hubieseis ofendido! No tendriais que esperar mucho tiempo vuestro perdon. Pero vos sois la que debeis perdonar.

Rosem. Pues bien: yo os perdono vuestra larga ausencia. Habeis tenido por lo menos algunos placeres en vuestros viages?

Flod. Muchos: porque todo me traia á la memoria, me retrataba la imágen de Rosemunda.

Rosem. ¡Ah Flodoardo! ¿A qué vienen á todas horas esas vanas lisonjas?

Flod. Y si esas que llamais vanas lisonjas son el primero y mas profundo sentimiento de mi alma? ¿Y si mi corazon no encontrase en todas partes vuestra imágen, sino porque reinais en él como soberana?

Rosemunda sonrojada.

No sigais. Flodoardo. Basta. *Flodoardo la mira tristemente, y sin decir nada. Rose-*

munda se pasea á pasos lentos, y como sin saber que hacerse, y de cuando en cuando le echa algunas miradas inquietas ¡Flodoardo!

Flodoardo tristemente.

Señora. . . .

Rosemunda vuelve á él.

Decidme por qué fatalidad venimos siempre á hablar de cosas que ni puedo ni debo oir?

Flod. Vos me habeis dicho una vez que diga siempre la verdad: con que es preciso, ó callar ó desobedecer.

Rosem. ¿No podremos hablar sobre otras cosas cualesquiera?

Flod. ¿Y de qué cosa hablarémos que no me traiga siempre adonde desea mi corazon? ¿Qué no me haga venir á parar al único asunto que ocupa todas las facultades de mi alma? -- Si miro al cielo, su serenidad me recuerda la de vuestra frente, y su azul celeste el color de vuestros ojos-- El sepulcro, la muerte misma que fuese el asunto de nuestra conversacion, la convertiria al objeto que me domina, mirándola como la entrada de un mundo mas feliz, en que no seríamos separados ni por la diferencia de fortuna, ni por el órgullo y la vanidad.

Rosem. ¡Flodoardo! Sois un hombre muy peligroso.

Flod. Decid, mas bien, que soy un hombre muy sensible.

Rosem. Pero, ¿á qué fin mantener esperanzas quiméricas; proyectos cuya egecucion es imposible? Nosotros vivimos en un mundo gobernado por la opinion: es necesario someterse á ella. -- ¿Qué diriais á un caminante atormentado de una sed que le consumiese, el cual estuviese viendo saltar un manantial de agua pura en la punta de una roca escarpada, adonde le fuese imposible llegar sin esponer su vida á un manifiesto peligro? ¿Qué le aconsejariais?

Flod. Luchar contra los obstáculos, y procurar subir á la roca.

Rosem. ¿Y si caia?

Flod. Morir primero que renunciar de la empresa.

Rosem. ¡Flodoardo! Flodoardo! ese camino lleva á la felicidad.

Flod. La desgracia tiene tambien sus atractivos cuando se padece por lo que se amá.-- No vemos á nuestros buzos precipitarse en los abismos del mar para buscar esas perlas que adornan vuestros cabellos? ¿Y qué son esas perlas en comparacion del corazon de Rosemunda?

Rosem. Basta, basta Flodoardo: yo no estoy en estado de luchar con vos. Nuestras armas son desiguales.

Flodoardo tristemente.

¡Ah! Sin duda: las mias son las de la pasion, y las vuestras las de las conveniencias.

Rosem. Querido Flodoardo: nosotros nos hemos estraviado por una senda en que no encontraremos jamas la tranquilidad del alma. -- Tengamos valor para separarnos. -- Es necesario hacerlo, y para siempre. -- ¿No amais la virtud?

Flod. La virtud y Rosemunda no son para mi corazon mas que una sola y misma divinidad. *La aprieta, enagenado, la mano contra su pecho.* Así, por la última vez! por la última vez! -- ¡Ah! gozad de una felicidad sin límites. *La suelta.*

Rosemunda, con las lágrimas en los ojos.

No es acá abajo donde se ha de esperar-- algun dia la gozarémos juntos en otro mundo. ¡Ah Flodoardo! Guardad mejor vuestro corazon de lo que yo he guardado el mio.

Flod. ¿Guardarle? ¡Ah! no es tiempo ya.

Rosem. Un astro maléfico egerce sobre nosotros su funesta influencia. -- Conozco que nos pedimos mútuamente algo mas que amistad. -- ¡Ah! Separémonos. Siniestros presentimientos. . . .

Flod. No temais. El que ha arreglado el curso de los astros y los movimientos de nuestros corazones, velará sobre nuestros destinos. Yo me abandono á él. *Se va hácia la puerta.*

Rosemunda se cubre el rostro con sus manos, y despues de una pausa, echa una mirada á Flodoardo. Este se limpia las lágrimas, y se vuelve hácia Rosemunda para decirla adios.

Rosemunda con dolor.

¡Llora! *Da algunos pasos hácia él, y se deja caer en sus brazos.* ¡Flodoardo! Flodoardo! *Flodoardo fuera de sí.*

He triunfado! Rosemunda es mia. Sí, mia.-- Me apartarás todavia de tí; querrás separarte de quien te ama mas que á su mis-

ma vida?

Rosemunda con ternura y resolucion.

No: está echa la suerte: no te dejaré: aunque este amor me hubiese de hacer la mas desgraciada de todo mi sexo, aunque se hubiesen de cumplir sobre mí todas las predicciones de Iduela, nada podrá volverme á separar de tí. -- He combatido en vano la voz de la naturaleza, y el impulso de mi corazon: cedo á su poder, y odedezco á mi destino.

Flodoardo la abraza.

Y yo á Rosemunda. Sí, aunque tuviésemos que luchar contra el cielo y los hombres, tú perteneces desde este momento á Flodoardo, y Flodoardo no te abandonará.

ESCENA VII.

Los precedentes y Andres Griti.

Griti sale de su gabinete, da algunos pasos sin ser visto, y queda sorprendido é inmóvil. Una risa amarga se pone en sus labios. Rosemunda percibe á su tio, y se arranca asustada de los brazos de Flodoardo.

Flodoardo á Griti que quiere volverse á su gabinete.

Señor.

Griti se vuelve, y da algunos pasos hácia él.

¡Flodoardo!

Flodoardo se arroja á sus pies.

¡Ah señor!

Griti con dignidad y con el tono mas serio.

No quiero oir vuestra justificacion.

Flod. No señor, no: yo no tengo necesidad de justificarme por amar á Rosemunda. Mas bien deberia hacerlo si no la amase. Si es un crimen el adorarla, la culpa la tiene el cielo que la hizo tan hermosa: á él toca el absolverme.

Grit. Parece que teniais meditada la apologia de vuesta conducta, como si hubieseis previsto mi llegada; pero habeis errado en el fin.

Flodoardo se levanta.

Repito, señor, que no quiero disculparme, ni justificarme: quiero mas -- os pido la manó de Rosemunda. *Griti le mira con una admiracion mezclada de desprecio. Flodoardo continua.* Sé bien que no soy mas que un pobre caballero; que es una temeridad el atreverme á levantar mis deseos hasta la sobrina de un Dux de Venecia; pero he creido á este mismo Dux demasiado grande, demasiado generoso para dar su sobrina á uno de sus holgazanes titulados, que se ven precisados á cubrirse con el lustre de sus abuelos para ocultar su propia nulidad. -- Confieso que no he hecho hasta ahora nada que me haga digno de Rosemunda; pero si su mano debe ser la recompensa del mérito real, el precio de servicios señalados, yo me obligo á hacer estos servicios, yo sabré adquirir este mérito.

Griti se vuelve con un descontento señalado. Rosemunda va y se echa al cuello de su tio, y le acaricia.

¡O tio mio! mi querido tio: no le despreciéis.

Flod. Hablad, exigid. ¿Qué es necesario hacer? ¿Qué es necesario emprender? Yo me siento capaz de todo, si puedo obtener la mano de Rosemunda. Aunque este estado estuviese á los bordes del precipicio; aunque vuestra vida fuese amenazada de diez mil puñales; prometedme á Rosemunda, y yo salvaré el estado, y contendré á los diez mil asesinos.

Griti con una risa amarga.

Yo he consagrado un medio siglo en servicio de la república: he espuesto cien veces mi vida, y derramado mi sangre por ella con la esperanza de pasar una vejez tranquila.-- Me he engañado. Me han arrancado á mis amigos; y el único placer, el único consuelo que me resta, vos me le quitais. *A Rosemunda con dulzura.* Escucha. ¿Amas á Flodoardo?

Rosemunda toma la mano de Flodoardo, y con una voz tímida.

¡Mi querido tio!...

Grit. Flodoardo: he aquí mi resolucion: ella es irrevocable. Yo no violentaré la inclinacion de mi sobrina; pero la quiero demasiado para darla sobre la simple fe de una promesa. Hasta ahora no habeis hecho al estado sino servicios de poca importancia: en la mano teneis la ocasion de hacerle uno muy señalado. -- Me habeis dicho que andabais á los alcances de Abelino. Entregadme ese gefe de bandidos vivo ó muerto; y...

Flod. Señor....

Grit. Conozco todas las dificultades que se oponen á la egecucion de esta empresa. Sé que seria mas facil tomar el navio almirante de enmedio de una flota enemiga, que apoderarse de un hombre que parece disponer á su gusto de todo el poder del infierno; que se encuentra en todas partes, y que no se le ve en ninguna; que se burla de la prudencia de los inquisidores, de la vigilancia del Senado y de la astucia de nuestros espías; de un malvado, cuyo puñal me hace temblar hasta en mi trono.- Pero si sé lo que pido, tambien sé lo que ofrezco. -- Y si alguno en Venecia es capaz de emprender tan atrevida empresa, creo Flodoardo que sois vos.

Rosemunda acariciando á su tio.

¡ Flodoardo !

Grit. Y bien, Flodoardo!

Flodoardo con espresion.

¿ Obtendré en efecto á Rosemunda, si os entrego Abelino?

Grit. Solo con esta condicion.

Rosem. Flodoardo, Flodoardo: renuncia de mi mano. -- Es mas facil que te alcance el puñal de Abelino, que el que tú le veas.

Flodoardo, resuelto y firme.

Está resuelto, señor. Dadme la palabra de Dux.

Grit. Os la doy. Que Abelino sea puesto en mi poder, y os doy Rosemunda con un dote de príncipe. He aquí mi mano en prueba. *Da la mano á Flodoardo.*

Flod. El dia empieza á bajar. No importa: dentro de veinte y cuatro horas os entrego el gefe de los bandidos Abelino.

Griti maravillado.

Mucho prometeis.

Flod. Y lo cumpliré, ó jamas mis pies volverán á pisar los umbrales de este palacio. -- Yo tengo indicios, señas ciertas de la morada de este malvado. -- Mañana á estas horas Flodoardo es muerto, ó Abelino en vuestro poder.

Grit. Temed el obrar con demasiada precipitacion.

Flod. La desgracia me ha enseñado á reflexionar.

Rosemunda, tomándole de la mano.

Flodoardo desconfia de su puñal.

Flodoardo pensativo,

Sí; es preciso que sea así. Dentro de veinte y cuatro horas, ó nunca. Daré una prueba de lo que puede el amor.

Grit. Mucho sin duda, pero no imposibles.

Flod. Esperemos mejor. - En tanto que llega la hora que debe decidir de mi suerte, prometedme convocar para mañana un congreso en esta sala. Convidad á él particularmente á los del consejo de los diez. Yo les proporcionaré el gusto de que vean de cerca un enemigo que han temido tan largo tiempo.

Griti le mira con mucha atencion.

Contad con ello.

Flod. Os suplico tambien que convideis á algunos de mis amigos, con especialidad al marques Grimaldi, y á los nobles Contarino, Memmo, Falieri y Parozi.

Griti maravillado.

Estarán sin falta.

Flod. la última súplica que me queda que haceros es, que no confieis á nadie el motivo de esta convocatoria. Luego que el concurso esté reunido, hareis cercar el palacio por vuestros guardias, con orden de no dejar salir de él á ninguno cualquiera que sea, sopena de la vida. El buen éxito de mi empresa, y vuestra seguridad exigen esta precaucion.

Grit. Os lo prometo.

Flod. Mañana á las cinco de la tarde, nos volveremos á ver, ó nunca. Buenas noches, señor. Dios y el amor me conduzcan. *Vase.*

Rosem. ¡ Flodoardo ! Flodoardo!

Griti sosteniéndola.

Rosemunda: tú pierdes el color.

Rosem. ¡ Ah tio mio ! ya no le volveremos á ver.

Griti la lleva hácia la puerta de su cuarto.

Hija mia, estás débil: vete, vete á reposar.

Rosemunda, entrando.

Adios Flodoardo: adios para siempre. *Entra.*

ESCENA VIII.

Griti vuelve. Un senador.

Grit. ¿ Qué traeis, señor?

El Sen. Vengo en nombre de todo el Senado á suplicaros que hagais inmediatamente arrestar á Flodoardo.

Griti maravillado.

¿A Flodoardo?

El Sen. Muchos conjurados de los que se han asegurado, aplicados á la tortura, acaban de declarar que él es el gefe de esta conspiracion.

Griti aparte.

¡Qué horror! será posible! -- *Alto.* Flodoardo no está en mi palacio. Pero decid al senado que mañana le entregaré sin falta al tribunal. Entretanto yo mismo me ofrezco por fiador de su conducta; y suplico al consejo que no haga la menor diligencia hasta este término contra la seguridad de su persona. *Vase el senador. Griti muy inquieto.* ¡Justo Dios! ¿Me habrá engañado este hombre? ¿Será fundada la denuncia de Parozi? ¡Flodoardo! Flodoardo! Yo he puesto voluntariamente mi persona, y la salud de la república entre tus manos.- Si fueses capaz de pagar tan mal mis bondades, y abusar así de la confianza mas ilimitada, el pueblo sin duda no perdonaria á su Dux; pero yo no bajaria de mi trono sino para llevarte en el mismo instante arrastrando ante el tribunal del Eterno. *Vase sumamente conmovido.*

ESCENA IX.

El teatro representa la habitacion de Parozi.

Parozi y Grimaldi, ambos disfrazados.

Parozi abriendo la puerta.

Entrad señor marques.

Grimaldi admirado.

¡Cómo! tan tarde, y todavia solo?

Par. ¿Solo? No: los cuidados que me acompañan me han hecho el tiempo muy corto.

Grim. ¡Cuidados!... Conviene este bajo nombre á los proyectos sublimes que vuestro espíritu ha creado, y que estais en vísperas de egecutar?

Par. ¿Y si la casualidad hiciese que el Dux hubiese llegado á conocer estos proyectos? Si, despues de mañana, en vez de ser los Soberanos de Venecia y del mar Adriático.?

Grim. Nada temais: las medidas que se han tomado no pueden ser mejores.

Par. No nos fiemos. Vos habeis visto al Dux; le habeis enseñado las cartas de Florencia que quitaban la máscara á ese Flodoardo: bien: ¿de qué ha servido este paso? -- Yo mismo le he entregado la que fingió mi secretario en su nombre al capitan del arsenal. . . .

Grim. ¿Y el Dux?

Par. La tomó, la leyó, y se quedó tan tranquilo como estaba. Si se apercibirá de nuestras intrigas? Desde esta época no me deja sosegar mi imaginacion, y temo que nos hemos de ver. . . .

Grim. Me inquietan vuestros presentimientos.--Casi seria mejor abandonar la empresa.

Par. Me queda todavia una corta esperanza. Si nuestros compañeros conservan en medio de los tormentos bastante valor, y son fieles al juramento que han hecho de acusar á Flodordo, estamos fuera de peligro, y la república es nuestra. Pero es preciso que este florentino muera, ó nuestros proyectos son quiméricos.

Grim. ¿Con qué lo han jurado? Esto me aquieta.

ESCENA X.

Los precedentes, Memmo, Falieri.

Mem. Adios señores.

Fal. ¡Buen ánimo¡ Las cosas van perfectamente,

Mem. ¿Sabeis que van á llevar á nuestros amigos al cadalso?

Parozi asustado.

¿A quiénes?

Mem. A los bandidos: estoy cierto.

Par. ¡Qué nos importa! Todavia vive Abelino.

Fal. Todavia tengo yo una noticia mejor que daros.

Par. Sepamos.

Fal. Vengo ahora mismo de la sala del consejo en que se ha tomado la confesion á nuestros compañeros.

Todos con interés.

¿Y qué?

Fal. Se han portado perfectamente.

Par. Mejor; mejor: prosigue.

Fal. Como se obstinaban en callar, se les amenazó con el tormento. Sin embargo, persisten en asegurar que las armas encon-

tradas en su casa eran efectos comprados para comerciar.-- Pero, ya se ve, les era dificil esplicar qué tenian que ver las picas y los fusiles con las agujas de un sastre; y la pólvora y el plomo con el horno del tahonero.-- Así es que se les llevó á la sala de la tortura.

Memmo estremeciéndose.

¡Lugar infernal!

Fal. No es verdad, Memmo, que si te vieses cerrado en él una hora sola, se sabria bien pronto la enfermedad de que tu pariente acaba de morir?

Mem. La sola idea me hace estremecer-- yo perderia la cabeza.

Fal. Nuestras gentes han tenido mas valor. Han sufrido las mayores pruebas; han resistido á los mas terribles ataques: sin embargo ha cedido la constancia del sastre.

Grim. He aquí lo que yo temia: ¿por qué confiar armas á un sastre?

Par. Porque su casa era menos de sospechar que otra: pero al fin, ¿qué ha declarado?

Fal. Que el mismo Flodoardo era el solo gefe y autor de la conspiracion.

Todos fuera de sí.

¡Bueno! bonísimo!

Fal. Inmediatamente va un miembro del tribunal al palacio del Dux; otro á la morada de Flodoardo. No habiendo sido este encontrado, ha sido preciso diferir su juicio hasta pasado mañana.

Par. ¿Hasta pasado mañana? Entonces ya estará mudada la escena, y en vez de ser juzgados, seremos nosotros los jueces.

Mem. Si el Dux no llega á entender nuestros proyectos.

Grim. No tiene la menor sospecha, os lo aseguro.

Mem. ¡Cómo! todo ese tropel de bribones, aventureros y vegabundos que compone nuestro egército sabe el secreto, y nada habrá llegado á los oidos del Dux?

Par. ¿Y qué tiene eso de particular? El pobre Griti hace aquí el papel de uno de aquellos maridos bonazos que jamas creen las infidelidades de sus mugeres: sin embargo, veo que es preciso precipitar la cosa para precaver toda traicion.

Fal. Los malvados que se han hecho de nuestro partido no desean mas que el que se empiece la danza esta misma noche.

ESCENA XI.

Los precedentes y Contarino.

Cont. Felices, camaradas.

Algunos. Adios, Contarino.

Cont. ¿Donde está Parozi? ¡Ah! ven, dame un abrazo. *Se abrazan.* Tú, tu secretario y tu carta mereciais un obelisco. Sabeis que Capuzi, el capitan del arsenal, nuestro mayor enemigo, acaba de ser arrestado por orden del Dux?

Fal. Ni una palabra.

Cont. Y que para mañana á la noche se ha confiado la guardia del arsenal á nuestro amigo y compañero el capitan Sebilli?

Tod. Grandemente.

Parozi fuera de sí de gozo.

Animo, pues; lo mas dificil está hecho. El arsenal es nuestro.

Cont. No es eso solo. Mañana hay baile de máscara en casa del Dux, y nosotros estamos convidados á él.

Par. Temo que esto no oculte alguna traicion.

Memmo asustado.

Sí, sí: somos descubiertos y vendidos.

Fal. Poco á poco: reflexionemos un poco mas á sangre fria sobre este negocio.

Contarino con serenidad.

Aquietaos: todos nos presentarémos en casa del Dux: el concurso será brillante; porque son convidados muchos señores y damas á esta funcion. Creo, si no me engaño, que se hace en celebridad de los dias de Rosemunda. No la hubo tambien el año pasado en igual dia?

Par. Me parece que sí. Pero de cualquier modo es preciso asistir á ella. Aunque el Dux tuviese completa noticia de todo el plan de nuestra conjuracion, no espera seguramente una esplosion tan próxima. Mañana á la noche la suerte de las armas decidirá entre nosotros y Venecia.

Mem. Pues yo os repito pue se prepara alguna traicion; pensadlo bien antes que ya sea tarde.

Contarino á Memmo.

Cobarde: si tienes miedo, quédate en tu casa; pero cuando haya pasado el peligro, no vengas á pedir tu dinero.

Mem. Yo no soy cobarde, Contarino, y esto te lo probaré ahora mismo si quieres. Pero mi cabeza es mas fria que la tuya.

Cont. ¿Y qué arriesgamos? Si el Dux tuviese conocimiento de nuestros proyectos, nos temeria; y si nos temiese, nos dejaria aproximar tanto á su persona?

Par. Amigos: yo no encuentro nada que añadir á nuestro plan: tratemos pues de egecutarle. Contarino, tú dejas el baile á las doce en punto, y vas á hacerte dueño del arsenal. A la misma hora empezará á tocar la campana grande de la torre de san Marcos. El capitan Adorno, instruido por este señal, vendrá inmediatamente á reunirse á nosotros con los hombres armados que estan á bordo de su navío. Nosotros reunidos en el palacio del Dux, nos aseguramos inmediatamente de su persona, y de los senadores que se hallen en la funcion. En tanto que nosotros nos ocupamos en esto dentro del palacio; una parte de nuestros compañeros desarmará las guardias repartidas por fuera, otra defenderá las avenidas, otra hará traer la artilleria que pondrá en los puentes, y recibirá á balazos las góndolas que se presenten sin el santo. Que el horror de las tinieblas aumente, si es posible, el de la carniceria. Que el ruido de las armas, la luz de las hachas, y nuestros gritos de furor prolonguen la consternacion general hasta que la aurora venga á poner un término á nuestros trabajos; y á saludarnos como los vencedores de Venecia.

Cont. Gracias al cielo, ya se acerca el momento decisivo. Has distribuido las bandas blancas?

Par. Desde ayer: todas las órdenes estan dadas, y tomadas todas las medidas.

Contarino saca la espada que tiene delante levantada.

Juremos ahora que lejos de desunirnos á la proximidad del peligro, cada uno de nosotros, pronto á esponer su vida por salvar la de su compañero de armas, vencerá ó morirá por él.

Todos sacan sus espadas, y con ellas levantadas dicen.

Todos lo juramos.

Par. Sí: todo sea comun entre nosotros: peligro, valor, fortuna y vida. Pero desgraciado del cobarde ó traidor! que perezca por la mano de su amigo: que su cuerpo sea alimento de las aves de rapiña: y que sus huesos dispersos, sean lo mismo que su memoria, sacrificados á la execracion de la posteridad!

Todos con la misma ceremonia.

Sea.

Cont. Ea pues: llénense los vasos. Ya no nos volveremos á reunir hasta que Venecia haya mudado de gobierno.

Tod. Bebamos: bebamos. *Pónense todos al rededor de una mesa en que habrá vasos y botellas.*

ESCENA XII.

Los precedentes y Abelino.

Abelino en tono áspero.

Miserables: ¿no soy yo del escote?

Todos cortados.

¡Abelino!

Parozi admirado.

¿De dónde vienes? ¿Cómo has entrado hasta aquí?

Abel. No sabes que llevo conmigo una llave que abre las puertas de todas las cabañas lo mismo que las de todos los palacios de Venecia? ¡Qué no pudiera abrir tambien los corazones!

Par. ¿Y qué hace Flodoardo?

Abel. Da en este momento un festin á que no faltarán los convidados.

Par. ¿Flodoardo? Si dicen que ha desaparecido huyendo de las persecuciones del tribunal?

Abel. Tienes razon, ha huido, y yo le he proporcionado los medios de hacerlo.

Par. ¿Qué quieres decir? No hablabas de un festin?

Abel. Sí: de un festin que da á los insectos del continente, ó á los peces del mediterráneo.

Parozi vivamente.

¿Es muerto?

Abel. Si no he errado el golpe, ó me he equivocado, debe serlo. Pero hacia muy oscuro. ¿Conoces su sello? *Le da una sortija.*

Par. Como el mio. *Le examina, despues esclama* ¡Victoria amigos! Flodoardo es

muerto.

Todos con gritos de júbilo.

¡Victoria! victoria! Viva Abelino. Viva Abelino. *Beben.*

ACTO QUINTO.

El teatro representa la habitacion de Rosemunda.

ESCENA I.

Iduela inquieta.

Mis presentimientos no me han engañado. Ha sucedido lo que yo pensaba. Pobre niña! ¡qué golpe para tí cuando sepas que Abelino es el vencedor! -- ¿Cómo prepararla para recibir esta noticia? ¿Cómo decirla que su querido Flodoardo, el ídolo de su corazon, ha caido bajo el puñal de Abelino? No; jamas tendré valor. Pero, ¡ó Dios! Ella es.

ESCENA II.

Iduela, Rosemunda.

Iduel. ¿Qué tienes, hija mia? Estás pálida!

Rosem. ¡Oh! He pasado una noche cruel. Un sueño terrible me ha perseguido hasta el dia. ¿Quieres oirle? Me has dicho tú misma que los sueños no son mas que el producto de una imaginacion herida.-- Soñaba pues -- pero me has de escuchar con la mayor atencion.

Iduel. Con mucho gusto. Dí.

Rosem. Soñaba que me encontraba sola y perdida en un horrible desierto. Ni un árbol, ni una zarza, ni una planta se presentaba á mis ojos: todo lo que alcanzaba á descubrir al rededor de mí era una arena árida, y el azul del cielo. El espanto se apoderó de mí, me pongo de rodillas, suplico: inmediatamente el cielo se oscurece; nubes negras, precursoras de una cruel tempestad, se amontonan sobre mi cabeza. Me creia perdida sin recurso, cuando una mano benéfica salió del medio de una nube, y llegó á tocar la tierra con una rama de olivo.

Iduel. ¡Dios! este sueño tiene algo de profético.

Rosem. Al instante mismo desaparece el desierto, y me encuentro en un jardin delicioso. Todo aquí lisonjeaba el olfato, y regocijaba la vista. Estaba la naturaleza con toda la hermosura de la primavera. Yo permanecia aun inmóvil de presa y admiracion, cuando un jóven, bello como un ángel, sale hácia mí de un bosquecillo inmediato; en su cuerpo, en su pelo, en su voz, conozco á Flodoardo. Mi corazon se deshacia de júbilo: todos mis miembros sentian una dulce conmocion: -- de repente -- todavia estoy temblando.

Iduel. Dí, dí.

Rosem. De repente me siento asida por una mano firme y vigorosa. -- ¿No eres tú la esposa elegida por mi corazon? dijo al mismo tiempo una voz lúgubre y espantosa. Asombrada por estas palabras, vuelvo, y veo delante de mí al cruel, al execrable Abelino con los ojos echando fuego, y teñidas todavia las manos con la sangre que acababa de derramar.

Iduel. Dios, tened piedad de nosotros.

Rosem. Flodoardo me observaba á alguna distancia. Sus miradas eran dulces y halagüeñas, y la risa estaba fijada sobre sus labios; pero en su frente la palidez de la muerte. ,, *Sálvame, le dije, sálvame*" Pero, ¡Ah! en vez de protegerme, él mismo con una risa cruel me impele hácia los brazos de Abelino. --¿Qué puede significar este sueño?

Iduel. Nada hija mia; nada. Aparta de tí esas ideas que no pueden servir mas que de perturbar el reposo de tu corazon. Los sueños de amor son como los del orgullo y de la ambicion, que rara vez se realizan. Se sigue á la felicidad, se cree haberla alcanzado; pero bien pronto cesa la ilusion, y la infelicidad es mayor, porque parece haberse perdido lo que sin embargo no se ha poseido jamas.

Rosem. ¿Qué llamas tú sueños de amor? ¡Ah! si el amor es un sueño : : : la vida ¿qué será?

Iduel. Y tu amor, mi querida Rosemunda, no se parece mas bien á un sueño que á cualquiera otra cosa? Todo en él es singular, maravilloso, inesplicable.

Rosem. Las grandes almas no hacen caso de los medios ordinarios! si la empresa de Flodoardo te parece monstruosa porque espone su vida por obtener mi mano, ¿qué nombre darias tú á mi amor, que si fuese posible tentaria aun mas por él?

Iduel. El cielo te preserve. Una confesion semejante: : :

Rosem. Te maravilla, lo veo: te cuesta trabajo reconocer en mí á la dulce y tímida Rosemunda.

Iduel. Te aseguro que una mudanza tan repentina : : :

Rosemunda la interrumpe.

No debe maravillarte. Yo no era hasta aquí mas que una niña subordinada á la voluntad de mis guias; pero la primera emocion del amor es en nosotros la señal de una nueva existencia. Entonces echamos léjos de nosotros los andadores de la infancia, para no obrar ni pensar sino á nuestro modo.

ESCENA III.

Los precedentes, Griti.

Iduel. Aquí está tu tio.

Griti con una sonrisa.

Flodoardo vive todavia.

Iduela admirada.

¿Vive todavía?

Rosem. ¿Qué maravilla es esta? ¿Se le creia muerto?

Iduel. Corrian voces en Venecia de que habia muerto á las manos de Abelino: yo queria ocultarte esta noticia.

Grit. Acabo de recibir un billete firmado de su mano. Está actualmente á la presencia de Abelino, y acaso en este mismo instante en que os hablo, decide la suerte entre ellos. Todo lo restante de su carta es un enigma para mí. El cielo le proteja, y le haga triunfar de su enemigo.

Rosem. Sí triunfará, tio mio. Nada es imposible al amor.

Grit. Querida Rosemunda, una angustia mortal atormenta todavia mi alma. Yo no sé; pero aquí hay misterios que es necesario profundizar; y sin embargo temo romper el velo que los cubre. Abandonémonos á la Providencia. Vamos, hija mia: la gente ya está reunida: no hagas esperar. *Vase.*

Rosem. Iré al momento; pero necesito de un instante de soledad para recoger mi espíritu. -- Vé mi querida Iduela, que al punto te sigo. *Vase Iduela.* Una inquietud mortal atormenta á mi tio; y con todo puede ser comparada á la que yo sufro? Ah! la muerte es preferible á la incertidumbre horrible que me despedaza. Flodoardo! es este el momento decisivo, el momento que debe pronunciar sobre nuestra suerte? *Se pone de rodillas.* ¡Justo Dios! Dios todo poderoso! fortalece mi espíritu, y hazme encontrar al reposo, ó en los brazos de Flodoardo, ó en el silencio del sepulcro. *Se levanta.* Vámonos ahora al salon: allí es donde oí los primeros amores de su boca, y allí es donde voy á volverle á ver, ó á oir mi sentencia de muerte. *Vase.*

ESCENA IV.

El Teatro representa un gran salon en el palacio del Dux. Se ve en el fondo gran número de señores y damas con vestidos de Corte. Entre los senadores se distinguen el Marques Grimaldi, Parozi, Memmo, Galieri y Contarino. Salen en esto el Dux Griti, y despues Rosemunda é Iduela.

Grit. Señores: tengo una buena noticia que daros. Desde esta mañana corre la voz en Venecia de que Flodoardo ha muerto á manos del famoso Abelino; pero debeis saber que este ruido es falso. Flodoardo vive todavía.

Muchos. Vive?

Todos manifiestan el mayor interes. Un murmullo de júbilo y contento se hace notar.

Grimaldi, apretando la mano á Parozi.

Parozi, él vive?

Parozi, con una risa afectada é inquieta.

Sí, vive!

Grit. Sea este dia consagrado al júbilo; pero antes de entregarnos á él enteramente, me queda que concluir un negocio de la mayor importancia para todos nosotros, y para toda la República.

Se oye detras de la escena un ruido confuso de armas.

Grimaldi maravillado.

¿Qué es esto? Oigo al rededor de nosotros un ruido de movimiento de armas.

Parozi, á la ventana.

Veo cercar el palacio, y colocar centinelas á todas las salidas.

Todos con murmullo de inquietud.

¿Qué quiere decir esto?

Griti se pone en medio del concurso.

No os admireis, señores, las medidas que tomo, y que exige vuestra propia seguridad. Ellas no perturbarán los placeres de la funcion. Todos conoceis ó de vista ó de oidas á Abelino, el enemigo mas implacable del gobierno, el perturbador mas osado de la tranquilidad pública, el asesino de vuestros compañeros, y mis amigos Dandoli y Canari; pues este malvado, este monstruo, dentro de media hora, parecerá á vuestra presencia.

Todos en varias voces, con admiracion. Abelino? Abelino?

Grit. El mismo, en este salon.

Par. Voluntariamente?

Grit. Sin duda no. Pero Flodoardo ha jurado hacer al Estado este servicio importante: ha prometido, con peligro de su vida, entregarnos Abelino.

Un Sen. La promesa es atrevida y temeraria.

Mem. Yo dudo mucho de que cumpla.

Grim. Si cumple su palabra, mucho le deberá la República.

Un Sen. Todas nuestras vidas estan interesadas en el éxito de esta empresa, y la recompensa deberia : : :

Grit. Sí: yo me veria como vos embarazado sobre el modo de recompensar dignamente á este jóven, si él mismo no hubiese determinado ya su recompensa. Esta se halla en mi poder. Flodoardo me ha pedido la mano de mi sobrina, y este es el premio del vencedor de Abelino.

Todos se miran con una admiracion mezclada de alegria.

Falieri, á media voz á Parozi que tira á sí.

Parozi! Parozi! ¿Qué es esto?

Parozi, encogiéndose de hombros.

Y se dejará coger Abelino?

Fal. Esta noticia me ha incomodado mucho; pero creo que sin embargo podemos esperar, sin peligro, el fin de la aventura.

Grim. Señores, ha visto alguno de vosotros á Abelino?

Muchos. Ninguno.

Fal. Dicen que es como los fantasmas que solo se aparecen donde menos se les espera.

Grit. Ya sabeis que se me ha presentado á mí?

Memmo á algunos Senadores.

Se citan de él mil cosas de valor y de destreza, las unas mas increibles que las otras. El pueblo, asustado con tantos prodigios, ha llegado á creer que es un emisario de los infiernos que ha tomado por algun tiempo la figura de hombre. De cualquier modo, yo no soy de parecer que se ha introducido aquí. Seria comprometer nuestra seguridad.

Muchos. Aquí? Dios nos libre.

Cont. Primero es que Abelino sea vencido. Yo confieso ingenuamente que temo por Flodoardo, y desde luego apuesto con quien quiera á que no consigue su intento.

Un Sen. Yo salgo á la apuesta. Si alguno hay capaz de medir sus fuerzas con Abelino, es Flodoardo, á quien hace mucho, he predicho altos destinos.

Cont. Pues bien: van mil ducados á que Abelino no se deja prender.

El Sen. Van los mil ducados á que Flodoardo le entrega.

Grit. Muerto ó vivo.

Cont. Nobles venecianos: sed testigos de la apuesta.

El Sen. La confirmo.

Cont. Os doy las gracias por los mil ducados. Abelino es un malvado astuto y temerario, y -- vamos, vuestro Florentino tiene razon de temblar.

Grim. ¿Va acompañado de esbirros?

Grit. De ninguno: está encargado solo de toda la espedicion. He aquí porque he respondido yo de su persona al Senado cuando se le ha querido arrestar.

Grimaldi á Parozi á media voz, y muy contento.

Animo! Señores: ánimo!

Parozi, bajo y echándole una mirada como de estar de inteligencia.

Silencio: nos pueden observar.

Se oyen dar las seis del reloj de Palacio.

Grit. Esta es la hora en que Flodoardo ha ofrecido presentarse. *Aparte.* Mi inquietud se aumenta.

Contarino al Senador.

Por mas ventajosa que sea mi apuesta, sacrificaria con gusto los mil ducados, y aun mas, por ver libre á la República de semejante malvado.

El Sen. Entréguele hoy ó mañana Flodoardo, no por eso dejaré de ganar.

Muchos. Escuchad: se oye ruido.

Una voz fuera.

¿Quién vive?

Otra responde.

Flodoardo.

ESCENA V.

Los precedentes, Flodoardo envuelto en una capa.

Flodoardo se descubre.

Perdonad nobles venecianos y venecianas, si me atrevo á presentar así ante vosotros. El género de ocupaciones á que me he entregado hace veinte y cuatro horas, y de que nuestro ilustre Dux os habrá informado, me hace necesario este disfraz. *Todos se rodean á él.*

Muchos. Y bien, está preso?

Grit. Traeis á Abelino?

Flod. Antes de responderos, Señor, permitidme que os haga una pregunta: sabe este ilustre congreso á qué precio me he empeñado en entregaros Abelino?

Grit. Sabe que yo os he prometido la mano de mi sobrina; y repito á fe de Dux, que el libertador de la República obtendrá la mano de Rosemunda con un dote de Soberano.

Flod. Está bien. *Da algunos pasos atrás: pasa á todos en revista, y despues de un momento de silencio.* Abelino está entre vosotros.

Todos asustados.

¡Entre nosotros! quién? cómo? en dónde?

Flod. Está en mi poder y en el vuestro.

Todos en tumulto.

Cielos! Dónde está Abelino!

Grit. ¿Muerto ó vivo?

Flodoardo serio.

Vivo.

Todos. ¡Vivo!

Grimaldi reflecsivo.

Vivo! Yo no entiendo una palabra.

Grit. Hijo mio: el Estado te es deudor.

El Sen. Recibid todo nuestro conocimiento: habeis salvado la República: la República os recompensará.

Flodoardo señala tristemente á Rosemunda.

He ahí mi única recompensa.

Grit. Tráenos pues, ese malvado atrevido. Tráele: yo le conoceré. »Dux de Venecia, me dijo un dia, yo puedo medirme contigo: el destino reune rara vez en tan pequeño espacio dos hombres semejantes á nosotros." — Tráeme ese miserable: que venga: que se presente enmedio de nosotros.

Varias damas asustadas.

Señor: ¿qué es lo que mandais?

Flod. No os asusteis, hermosas venecianas. Abelino no es ya de temer para vosotras.

Parozi pálido.

Está ya en el palacio?

Flod. Sí, mi tierno amigo: sí, en el palacio.

Un Sen. ¿Y por qué nos teneis en esta espectativa horrible?

Flodoardo aparte.

Vamos pues: llegó el momento mas grande y mas dificil de mi vida. *Al concurso.* Vais á ser satisfechos. Abelino va á presentarse. *Vase.*

Habrá sillas á los dos lados del Teatro. Para el Dux habrá una un poco mas elevada en el primer término de la escena: se sienta en ella, á su lado muchos senadores y damas, y al frente Rosemunda é Iduela. Los señores Grimaldi, Parozi, Memmo, Falieri y Contarino estarán sentados á los lados en el segundo término, y el fondo será ocupado por el resto del concurso.

El Sen. Señor Contarino: acordaos de los mil ducados.

Contarino, con una risa afectada.

Con mucho gusto, Señor.

Queda todo en un gran silencio. Todos tienen la vista vuelta hécia la puerta.

ESCENA VI.

Los mismos y Flodoardo que vuelve á entrar envuelto en su capa, y oculto el rostro. Se detiene un momento en el fondo del teatro : despues descubre su rostro, suelta la capa, y queda con el disfraz de Abelino.

Tod. Unos con una espresion y otros con otra. ¡Abelino¡ O perfidia! O traicion execrable!

Abelino, con voz terrible!

Ninguno se mueva de su sitio. En ello le va la vida.

Rosem. ¡ Cielo! tened piedad de mí!

Abelino atraviesa el concurso con un paso magestuoso, y se dirije á Rosemunda y Griti.

¿Conoceis á Abelino?

Grit. Jamas he sido engañado con tanta osadía.

Abelino á los mismos.

Ved lo que pueden el amor y la desesperacion.

Grimaldi clama.

¡ Olá! guardias.

Muchos. Guardias! socorro!

Abelino saca una pistola.

El primero á quien se le suelte una palabra, y se mueva, es muerto en el sitio. Creeis insensatos, que yo habria por mí mismo puesto las centinelas á las puertas, si las hubiese de temer, ó pensara evadirme? O comparais Abelino á alguno de esos miserables á quienes ha hecho asesinos la pobreza ó la venganza? Desengañaos. Si yo fuí bandido, lo he sido por principios. Ahora escuchadme : voy á justificar mi conducta.

Grit. Retírate monstruo vomitado de los infiernos. ¿Con qué velo cubrirás tus maldades?

Abel. No he venido aquí para cubrirlas, sino para descubrirlas. Lo confesaré todo, y vuestra estimacion será el precio de mi franqueza. O vosotros todos los que me amais bajo el nombre de Flodoardo, y me detestais bajo el de Abelino; escuchad á un desgraciado que busca un apoyo entre vosotros mismos. Yo no soy de Florencia; sino conciudadano vuestro nacido dentro de los muros de Venecia. El célebre conde de Obizo fue mi padre: niño todavia, le seguí á Nápoles; allí me crié y fuí educado, y allí quedé por su muerte, heredero de bienes inmensos: allí fuí perseguido por mis parientes, acusado de traicion, puesto en un encierro, y despojado de mis bienes en beneficio de mis acusadores que lo codiciaban. Escapado de mi prision, pobre como el mas miserable, llegué á Venecia. Canari, antiguo amigo de mi padre, se compadeció de mí, y me protegió. Bajo un nombre prestado hallé seguridad, y supe ganarme los corazones. Así fue como llegué á ver y conocer aquí esa obra maestra de la naturaleza: sí, aquí ví, y aquí empezé á adorar á Rosemunda; y este amor me hizo un bandido.

Grit. Maldito sea tu amor, y el nombre de Obizo en Venecia!

Rosem. ¡Cielos! ¿es posible que seá él? ¿No es este un prestigio infernal?

Abel. No, hermosa Rosemunda, no es un prestigio. Tu Flodoardo es Abelino, y Abelino es tu Flodoardo.

Rosemunda con horror.

Apártate vil impostor. Tú Flodoardo? Los ángeles y los demonios no pueden parecerse. Flodoardo era bueno, generoso, magnánimo, y el mayor placer para su corazon era el socorrer al desgraciado, y enjugar sus lágrimas. -- Tú, vil asesino, no pronuncies un nombre que se mancha al pasar por tu boca.

Abelino con arrogancia.

Rosemunda! Rosemunda! Tu sensibilidad te hace delirar. Mira: Flodoardo y Abelino no son mas que uno. Mira: *Se quita un gorro de cuero á que está unida la mascarilla que le desfigura.* Esta es la forma que pertenece á Flodoardo, la que ha ganado tu amistad, y la que conservaré siempre en adelante.

Grim. ¡ Qué malvado!

Abel. Rosemunda, ¡cuánto he sufrido por tí!

Rosemunda se echa llorando en los brazos de Iduela.

¡ Flodoardo!

Griti se levanta furioso.

¡ Miserable! que no tenga arma con que

castigarte!

Un Senador le detiene.

Señor: os suplico que tengais un poco de paciencia.

Abelino al Dux.

Calmaos señor, y terminemos á sangre fria nuestra contienda. Si mi destino es morir con la muerte de los malvados, yo me someteré á ella; pero antes es preciso que me oigais todavia lo que me es forzoso deciros. Vuestras promesas : : :

Griti le interrumpe.

Yo he prometido al valiente Flodoardo, no al matador Abelino.

Abel. La sangre que yo he derramado no pesa sobre vos. Óid, y oid todos venecianos que pareceis impacientes por juzgarme, y pronunciar sobre mi suerte. Consiento en este juicio; pero antes de responder á vuestras preguntas, tengo yo tambien que pedir cuentas á algunos de entre vosotros. -- Me llamais el asesino de Dandoli y Canari: no me defiendo; pero sabeis ¿ quiénes han aguzado mi puñal y comprado sus cabezas? -- Miradlos delante-- Grimaldi, Parozi, Memmo, Falieri y Contarino. Que se aseguren inmediatamente sus personas.

Se levanta un gran murmullo en el concurso.

Grim. ¡Atroz calumnia! El miserable se ve perdido, y por vengarse quiere arrastrarnos tras sí.

Par. Decid mas bien que quiere morir como ha vivido: como un verdadero malvado.

Abel. Callad: yo conozco vuestra conspiracion, vuestro partido, vuestras listas de proscripcion. En el momento en que hablo se está asegurando á todos vuestros partidarios de las bandas blancas, que en esta misma noche debian trastornar á Venecia.

Todo el concurso manifiesta la mayor admiracion.

Grit. ¡Qué oigo!

Abel. Nada menos que unos proyectos bárbaros que yo he sabido destruir, que una conjuracion que amenazaba á un mismo tiempo á vuestra vida y á todo el estado. Así es como por reconocimiento un bandido os salva la vida, cuando vos lo quereis quitar la suya.

Un Senador á los acusados.

¿ Y bien, venecianos, no os defendeis ?

Abel. Toda defensa seria inútil: sus partidarios acaban de ser desarmados por mi órden, y conducidos separadamente á las prisiones de estado. Id á preguntarles, y sabreis mucho mas. Bien que, si he rodeado este palacio de soldados armados, ha sido para daros los medios de profundizar la verdad, asegurándoos los gefes de la conspiracion que acabo de revelar.

Grit. Yo no puedo volver de mi admiracion.

Flod. Y bien, venecianos: con peligro de mi vida es como he salvado la república: con peligro de mi vida es como he hecho el papel de bandido introduciéndome en los conciliábulos de esos malvados, para conocer y destruir los proyectos horribles que meditaban contra su patria. En tanto que vosotros dormiais, yo velaba: en tanto que bajo vuestros techos dorados un reposo dulce y tranquilo refrescaba vuestros sentidos, el frio y la lluvia entorpecian mis miembros fatigados: -- y quereis condenarme? -- Todo lo he hecho por obtener á Rosemunda; y se me niega? -- Yo he salvado la vida á vuestros hijos, á vuestras mugeres, y á vosotros mismos, y quereis quitarme la mia ?

Griti conmovido.

¡Dios mio! yo le reconozco: él es: esta es la voz de mi Flodoardo.

Abel. Ved si hay entre ellos alguno que se atreva á abrir la boca para justificarse ó contradecirme. Es necesaria otra prueba de su maldad, que ese silencio desesperado, esas miradas mezcladas del fuego del furor, esas frentes pálidas en que estan pintados los remordimientos de un crímen inútil? *Vuélvese hácia los conjurados.* Escuchad: todo lo sé: todo está descubierto, porque yo mismo estaba iniciado en vuestros misterios de iniquidad. -- Aquel de vosotros que primero confiese su crímen, obtendrá su perdon. Yo lo juro á fe de Abelino.

Un grande silencio. Griti y los senadores admirados como en un éxtasis. Rosemunda manifiesta la agitacion y angustia del contento y la duda. Iduela observa maravillada.

Memmo se levanta temblando.

¡Venecianos! Venecianos! Abelino dice la verdad.

Los conjurados se levantan con vehemencia.

¡Es falso! Es un impostor.

Abelino con una voz terrible.

Silencio! Ninguno deje su puesto sin mi órden. *A los senadores.* Vosotros, cuya conciencia está tranquila, volveos á sentar, y dejadme hablar pocos momentos. *Todos se vuelven á sentar. Abelino á los conjurados.* Me llamais impostor, y pretendeis sin duda ser creidos sobre vuestra palabra, porque teniais un marques enmedio, porque sois nobles venecianos, y yo no soy mas que un bandido; pero sabed que yo tendré á mucha honra, y con un justo título el nombre de gran Bandido, porque sé evocar las sombras, resucitar los muertos, y traerlos, si quiero, aquí mismo desde el fondo de sus sepulcros. Pareced pues, espíritus bienaventurados, y venid á celebrar con nosotros el triunfo de la virtud.

ESCENA VII.

Los precedentes, Canari, Dandoli.

Contarino al verlos.

¡Atroz perfidia! *Se levanta, y se da de puñaladas.*

Griti va vacilando de gozo á ellos.

Canari! Dandoli! *Estan abrazados los tres llorando de contento.*

Abelino á los conjurados.

¡Andad miserables! Una escena semejante no se hizo para vuestros corazones. Guardias llevadlos. *Los conjurados, cortados y temblando, son cercados y llevados por la guardia.* Y tú! (*levantando el cuerpo de Contarino*) tu sangre no debe manchar mas tiempo el templo de la virtud y la inocencia. *Se le entrega á las guardias.* Sea para nosotros este dia un dia solemne. Ninguna nube altere su claridad: ningun recuerdo aflictivo venga á perturbar la armonia de nuestras almas.

Rosemunda se arroja al cuello de Abelino.

Abelino mio! ¿con qué no eres un asesino?

Griti llorando de gozo.

Canari! Dandoli! O amigos de mi alma; ya no esperaba volveros á ver sino allá arriba en la mansion de los bienaventurados: y os tengo entre mis brazos?

Dand. Sí amigo: Flodoardo es un héroe.

Can. El nos ha ocultado en el parage mas retirado de Venecia para librarle de los puñales de los asesinos.

Rosem. O Abelino! ¿Cómo seré yo jamas digna de tí?

Abelino, tomándola de la mano.

Siendo siempre la misma. *La señala el grupo de los tres viejos.* ¡Qué espectaculo tan delicioso! Puede dejar de amarse la virtud cuando se conocen las felicidades de que es orígen? *Al Dux.* Esas lágrimas justifican mi conducta: --la condenais todavia.

Griti le da la mano.

¡Condenarla! ah! Yo daria todas mis riquezas, mis dignidades, mi corona de Dux, por ser tan grande como tú. Toma mi Rosemunda, toma todo cuanto poseo, y sé mi hijo. *Se echa en sus brazos.*

Canari, Dandoli, el Dux, Rosemunda é Iduela se ponen al rededor de Abelino.

Rosemunda con toda la espresion del contento.

Sé mi esposo. *Se echa en sus brazos.*

FIN.

